

## RESEÑA DE LIBROS

### I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

WILSON, NIGEL G., *Aristophanis Fabulae. Recognovit brevique adnotatione critica instruxit*, Oxford Classical Texts, Oxford, Clarendon Press, 2007, 2 vols., vol. 1: IX + 427 pp., vol. 2: 326 pp.; *Aristophanea. Studies on the Text of Aristophanes*, Oxford, Oxford University Press, 2007, X + 218 pp.

Más de un siglo después de la edición de F.W. Hall y W.M. Geldhart, las prensas de Oxford han dado a la luz la que será, sin duda, la edición canónica de Aristófanes para algunas generaciones futuras. Los dos volúmenes del texto aristofánico se acompañan de otro (*Aristophanea*) que es, al tiempo, justificación del texto editado y comentario, sumamente rico, de Aristófanes.

N.G. Wilson, consciente quizás como nadie actualmente de las dificultades de editar a Aristófanes, presenta su texto, sin falsa humildad como el producto de un filólogo «más familiarizado que nadie con la historia del texto de Aristófanes» y, al mismo tiempo, con el reconocimiento de que no se trata de un texto definitivo, ya que su edición no es fruto de una *collatio* exhaustiva de todos los códices y testimonios directos e indirectos.

Aún así podemos conceder al editor que su texto es un progreso importante en la utópica aspiración de lograr algún día un texto definitivo de Aristófanes.

Tanto en la introducción a la edición de *OCT* como en *Aristophanea*, N. G. Wilson hace una completa historia del texto de Aristófanes, estableciendo las distintas fases de la transmisión: los presuntos originales de Aristófanes; las copias; los papiros; la influencia del movimiento aticista que hizo de Aristófanes un autor tan popular, al menos, como Menandro; la constitución de un canon aristofánico (*Nubes*, *Ranas*, *Pluto*) y su supervivencia en época medieval, como atestigua el testimonio de Focio para *Pluto* y *Ranas*.

Tras el estudio del transfondo cultural de la transmisión, Wilson pasa revista a los códices conservados: 35 anteriores a 1400, a los que hay que añadir 170 copias hasta 1600. La mayoría contienen sólo la tríada: *Nubes*, *Ranas*, *Pluto*. Es enormemente clarificador el orden que Wilson pone en esta profusión de manuscritos. Por un lado, aquellos anteriores a 1204, fecha del saqueo de Constantinopla por los cruzados. De esta época procede el mejor código, el MS Ravenna, Biblioteca Classense 429 (R en las siglas críticas), de la segunda mitad del siglo X, el único que contiene las 11 co-

medias, si dejamos de lado un apógrafo renacentista de Múnich. Wilson ha estudiado el manuscrito ravenate en facsímil lo que le ha permitido la restitución de algunas lecturas. Importante es también su trabajo sobre el *Lexicon* de Suda, escrito por la misma época y dependiente, quizás, en sus comentarios aristofánicos, del mismo texto. Wilson ha estudiado, además, los escolios de los mejores manuscritos para completar el conjunto de testimonios sobre el texto aristofánico.

Si dejamos de lado un breve fragmento de las *Aves*, conservado en el Laurentianus 60.9, Wilson ha tenido muy en cuenta el Marcianus gr. 474 (V) que contiene 7 comedias y, en algún caso, como en *Avispas*, ofrece lecturas correctas. Un caso especial es el códice matritense de la Biblioteca nacional (MS 4683= Md1), que contiene la tríada además de *Caballeros* 1-306, y que es fruto, en gran parte, de una reelaboración de Constantino Láscaris (siglo XV) y alguna otra mano desconocida, aunque procede quizás, en último término, de filólogos y teorías métricas del siglo XII (Juan Tzetzes?), como muestra, por ejemplo, la exacta lectura de *Nubes* 728.

Otro manuscrito anterior al desastre de 1204 (c. 1180-1186 según Mazzuchi) es el ambrosiano (MS C 222 in= K), en muy mal estado de conservación. Wilson ha estudiado directamente el manuscrito sin llegar a la convicción de que contiene mejores lecturas.

El otro grupo de manuscritos, muy numerosos, es posterior al desastre de 1204 y fruto del segundo renacimiento bizantino, especialmente entre 1280-1350, y en ellos se reconoce la actividad filológica de Máximo Planudes, primero, y Tomás Magister y Demetrio Triclinio ya en el siglo XIV, si bien es difícil rastrear la actividad de Magister, ni siquiera en la bien conservada tríada (*Nubes*, *Ranas*, *Pluto*). Por ello Wilson recoge en el aparato crítico la posible influencia del filólogo con las siglas Vv2.

Más evidente es la influencia de Triclinio en la transmisión del texto. Esta es evidente en el Ms. L (Bodleian Library, Kolkham gr. 88; 8 comedias, a las que falta sólo el final de *Paz*), así como en otro manuscrito gemelo (Vaticanus gr. 1294), muy dañado y que contiene la tríada más *Caballeros* 1-270, además de en el Vaticanus 2181. Una edición tricliniana de la tríada parece conservarse en la Biblioteca Nacional de París (MS suppl 463), aunque no parece proceder directamente de su mano. Una contribución importante de Triclinio se debe a sus ideas de métrica griega, que se pueden rastrear en algunos textos como *Aves* (v. 809 dependiente, quizás, de Laurentianus 31,15 G), donde se trata de remediar una laguna por un procedimiento que no habría sido utilizado de haber usado una fuente mejor. Al final de la obra (vv. 1437, 1514, 1666, y 1712) parece emplear un ejemplar semejante, dadas las coincidencias con Vaticanus Urbina 141 (U). Otros pasajes, como 1543, 1548, 1566, 1575, 1624, 1670, 1693, y 1736 comparten lecturas con U y G, códices de los que parece depender, dado el error compartido en el v. 1579.

De la misma época es una serie de códices que contienen una obra, además de la tríada,: Q (Laurentianus, Conventi soppressi 140, tríada y *Caballeros*), U (Urbina gr. 141, tríada y *Aves*); M (Ambrosianus L 39 sup., Tríada y *Caballeros*); E (Módena, Estensis 127= a. U. 5.10, tríada, *Caballeros*, *Aves* y *Acarnienses*), G (Laurentianus

31.15 + Leiden Vossianus gr. F 52, *Caballeros, Aves, Acarnienses, Asambleístas, Lisistrata y Paz*) y A (París, grc. 2712, tríada, *Caballeros, Aves, Acarnienses y Asambleístas* 1-444). Manuscritos todos ellos de poco valor.

Otros manuscritos de la misma época o algo posteriores merecen una cierta atención, ya que ofrecen alguna lectura correcta. Interesante es el Ms Perugia (Biblioteca Augusta, H 56, una copia del siglo XV de las *Asambleístas*). Y otros manuscritos de la época son interesantes sólo por los escolios que contienen (Bodleian Library, Barocci 38 con *Lisistrata y Nubes*, Biblioteca nacional, II D. 49, copia de G, que colma algunas lagunas del manuscrito original). Aún así, según Wilson, el estudio de estos manuscritos tardíos puede arrojar alguna luz sobre la tradición, atendiendo a las marcas de papel y a las manos de los escribas.

En la época del humanismo italiano, Aristófanes no fue un autor elegido. Salvo excepciones, como Manuel Crisoloras, que intentó introducir la lectura de nuestro dramaturgo en su círculo florentino (c.1397-1400) o la de Guarino, que se hizo con una copia en Constantinopla de algunas comedias (MS Vaticanus Palatinus gr. 116), a las que añadió algunas glosas latinas.

Un caso especial lo constituye el *Pluto*. Ya hemos visto cómo formaba parte de la tríada y, en consecuencia, se ha conservado en numerosos textos medievales. Pero en el Renacimiento la obra fue de especial interés e inspiró obras originales, además de convertirse en texto aristofánico de referencia. Aunque Aristófanes no fue uno de los autores preferidos del renacimiento italiano, su obra fue objeto de una edición por Marcus Musurus para la imprenta veneciana de Aldus Manutius. La edición de Musurus contenía 9 comedias, todas salvo *Lisistrata y Tesmoforiantes*, que fueron ya editadas con el conjunto de la obra en Florencia en 1515.

Otro testimonio textual importante es el MS. de París (grec. 2715 B), que contiene un número importante de buenas lecturas de origen desconocido, y que Wilson se inclina a atribuir a la mano de Andronicus Callistus, un inteligente escriba de la época.

Debe tomarse también en consideración las versiones latinas de las comedias de Andreas Divus, hechas, quizás, a partir de la edición griega de Zanetti de 1538 y con buenas enmiendas del texto griego.

Algunas de las muchas ediciones impresas de comienzos del XVI —que, en muchos casos, ofrecen sólo una comedia— dan algunas lecturas mejores que la de los códices. Entre ellas destaca la del *Plutus* de Girardus (París 1549), una de las primeras ediciones bilingües, con el texto griego acompañado de la traducción latina y notas, tipográficamente distinguidos.

Wilson no olvida las ediciones de humanistas, como las de Biset, Daubuz y algún otro filólogo que anticipan conjeturas de Bentley y otros estudiosos de Aristófanes. El editor confiesa que mucho de los trabajos llevados a cabo, sobre todo en el siglo XIX, difíciles de encontrar y, sobre todo, de reunir, podría dar pie a una investigación fructífera.

En el volumen I de su edición, Wilson explica honestamente el procedimiento seguido para su edición: dependencia de las ediciones fiables de los papiros; reexa-

minación del Ravenate, de forma que ha podido corregir alguna lectura incorrecta; reconocimiento de la ausencia de una *collatio* completa de *Pluto*, para el cual ha examinado personalmente sólo el manuscrito K (Biblioteca Ambrosiana C 222 inf.).

Wilson pasa a justificar el uso de algunas de las siglas editoriales: *P* para papiros; *Par* para algunos de los manuscritos menores de París. Es breve en las citas de la tradición secundaria, dado su bajo valor, salvo el *Lexicon* de la *Suda* que bebió de una buen ejemplar medieval, muy semejante quizás al ravenate.

En cuanto a la ortografía, Wilson muestra reservas muy naturales para un dialecto, como el ático, que estaba muy lejos de estar normalizado. Y el mismo problema se plantea entre formas arcaicas y recientes del ático, lo que causa una dificultad insoluble al editor. El aparato crítico no toma en cuenta las indicaciones de los manuscritos para cambio de personajes, ya que, a menudo, la razón dramática contradice la indicación manuscrita.

El aparato crítico recoge una serie de conjeturas, toda vez que hay pasajes donde la lección sigue siendo incierta. El propósito del autor ha sido, como hizo con la edición de Sófocles en colaboración con Lloyd-Jones, el de ofrecer un mejor abanico de lecturas de pasajes difíciles, sin ofrecer nuevas conjeturas, aunque sí un sugerente muestrario de posibilidades. Porque la naturaleza misma de los textos clásicos causa una tensión irresoluble entre un conservadurismo extremo o una libertad interpretativa sin límites.

Wilson es muy conciente del problema y sobre él nos alerta, al reconocer que, a pesar de su excelente conocimiento de la tradición manuscrita de Aristófanes, subsisten aún muchas cuestiones de difícil solución: ortografía, usos lingüísticos, atribución de versos a personajes, etc. Pero la presente edición ofrece la ventaja de dejar patentes esas dificultades en el aparato crítico. Muchos son los pasajes en los que se podría estar en desacuerdo con la lección adoptada por Wilson, pero hay que conceder al editor que su decisión ha sido siempre fruto de una reflexión sobre las dificultades del texto y de sanos principios ecdóticos.

Esta edición es, pues, honesta, limpia y fiable. Aunque no se dice en la introducción, Wilson ha tenido en cuenta toda la tradición aristofánica y ha participado muy activamente en la discusión de la historia del texto de Aristófanes, como muestran sus numerosos artículos y estudios sobre la cuestión, el estudio de los escolios, o la discusión de pasajes determinados. Además el autor se ha servido de las ediciones clásicas (Blaydes, Coulon, Hall & Gelhard, Van Leeuwen, Rogers y la muy reciente edición completa de Sommerstein (Warminster 1980-2002), así como de excelentes ediciones parciales tales como las de Austin & Olson (*Tesmoforiantes* 2004), Dover (*Nubes* 1968 y *Ranas* 1993), Dunbar (*Aves* 1995), Henderson (*Lisistrata* 1987), MacDowell (*Avispas* 1971), Mastro-marco (*Commedie* Turin 1983-), Olson (*Acarnienses*, 2003 y *Paz* 1998), Platnauer (*Paz* 1964), Rennie (*Acarnienses* 1909), Starkie (*Acarnienses* 1909 y *Avispas* 1897), Thierry (París, 1997), Ussher (*Asambleístas* 1973), Willens (París - Bruselas 1919).

Para la discusión de algunos pasajes difíciles Wilson se ha servido de las obras clásicas sobre el ático (la de Denniston para las partículas, la de Kühner-Gerth, sobre

Sintaxis). Es una pena que no haya utilizado o conocido una obra esencial para la lengua de la comedia ática, como la del profesor López Eire.

El trabajo de Wilson nos ofrece ahora un texto limpio, claro, honesto, con un aparato crítico mucho más rico, autorizado y sugerente, donde el estudiante y el estudioso podrán decidir en los pasajes difíciles, con el mejor conocimiento que hasta ahora se tiene del texto de Aristófanes, las mejores opciones de lectura.

Todo ello se hace patente en *Aristophanea*, un comentario indispensable ya para leer a Aristófanes. Junto a muchos pasajes donde se discute, sin base paleográfica, la mejor lectura —pero siempre teniendo en cuenta las lecturas anteriores—, Wilson mejora, en otros, definitivamente el texto, con base a su propia autopsia de algunos manuscritos, en numerosos versos de las comedias. Resulta imposible dar cuenta de toda la discusión textual que encontramos tanto en el aparato crítico de las comedias como en el indispensable comentario del adjunto *Aristophanea*. La presente edición de Aristófanes de *OCT* renueva sustancialmente nuestro conocimiento del texto de Aristófanes. Baste una cifra: sólo en *Acarnienses* encontramos alrededor de 100 nuevas correcciones, conjeturas y sugerencias. Ello arroja una cifra media de casi 1500 nuevas lecturas para el conjunto de la obra. Cifra que supone un estímulo para nuevos estudios, nuevos debates y nuevas ediciones y traducciones.

Debemos, en fin, felicitarlos por la presencia de una nueva edición de Aristófanes, obra de un filólogo que, sin falsa humildad, se considera más familiarizado que otros anteriores («better acquainted than his predecessors with problems of textual transmission, Greek palaeography, and Byzantine», *Aristophanea, Introduction*, 1) para llevar a cabo este trabajo que nos ofrece, si no una edición definitiva de Aristófanes, sí un texto que constituye «a useful step forward» (*Fabulae I, Preface V*).

ANTONIO MELERO  
Universidad de Valencia

PSEUDO-DIONIGI DI ALCARNASSO, *I discorsi per le feste e per i giochi (Ars Rhet. I e VII Us.-Rad.)*. Edizione, traduzione e commento a cura di Alessandra Manieri, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 2005, 182 pp.

El libro que reseñamos ofrece la edición crítica, traducción italiana y comentario pormenorizado de dos breves tratados retóricos que han llegado hasta nosotros formando parte de una miscelánea de once obras transmitida bajo el título de Τέχνη ῥητορικῆ, atribuída erróneamente a Dionisio de Halicarnaso. Las dos obritas que edita y estudia con notable acierto Alessandra Manieri pertenecen al grupo de tratados dedicados a los discursos epidícticos, en los cuales se ofrecen indicaciones prácticas sobre cómo componer discursos dedicados a distintas ocasiones festivas o luctuosas; en concreto los dos tratados recogidos en el volumen tienen como rasgo común (además de ser probablemente obra de un mismo autor, de época de los Antoninos)

su ámbito de representación: los festivales deportivos. Por un lado, la Τέχνη περὶ τῶν πανηγυρικῶν es la obra que abre la *Ars Rhetorica* pseudo-dionisiaca y en ella se nos instruye sobre la composición de *Panegíricos* o discursos pronunciados en el marco de festivales deportivo-religiosos, un género que tenemos documentado desde época clásica (Gorgias, Lisias, Isócrates). En segundo lugar, el objeto del tratado séptimo son los προτρεπτικοὶ ἀθληταῖς, los discursos inaugurales de los *agōnes* deportivos, en los cuales, como ocurre en las Olimpiadas modernas, un orador al que se encargaba oficialmente ese cometido exhortaba a los atletas a competir esforzada y limpiamente y desarrollaba también temas más o menos tópicos, como la importancia personal y social de una victoria deportiva o el valor que ese triunfo tenía para la ciudad del vencedor, es decir, temas heredados en muchos casos del viejo epinicio<sup>1</sup>; dado que no hemos conservado ningún discurso de este tipo y que las noticias que tenemos sobre ellos son muy escasas, el tratado pseudo-dionisiaco es nuestra principal fuente de información para el conocimiento de los προτρεπτικοὶ ἀθληταῖς.

Numerosos manuscritos tardíos nos han transmitido la *Ars Rhetorica*, todos los cuales dependen de un arquetipo de mediados del siglo X, que conservamos: el *Parisinus* 1741, cuya descripción e historia ocupan las pp. 61-63. Precisamente a partir del análisis autóptico de este manuscrito la editora llega a la conclusión (pp. 11 y 21) de que la recopilación pudiera estar destinada a uso escolar y, sobre todo, de que su origen ha podido ser «la raccolta di appunti presi alla lezione di un retore». Esta hipótesis, bien fundamentada en nuestra opinión, explica las principales divergencias textuales que separan la edición que comentamos de las anteriores, especialmente de la edición de H. Usener revisada por L. Radermacher (Stuttgart 1965), que es el punto de referencia principal: si los tratados recogidos en la colección proceden de unos apuntes de clase, este hecho permitiría explicar las relativamente abundantes irregularidades gramaticales y estilísticas que salpican el texto transmitido como fruto de ese origen y no como errores en la transmisión manuscrita, de manera que en muchos de esos casos no habría que corregir las lecciones de los manuscritos, como solían hacer los editores precedentes al admitir correcciones que «rendevano più fluida la lettura ma snaturavano la realtà testuale» (véanse, por ejemplo, los pasajes que comenta la autora en p.148 *ad* 96.2-3, p.152 *ad* 96.19 ss., o p.154 *ad* 98.26). Se trata, pues, de una edición «conservadora», pero de un conservadurismo en este caso justificado. Por lo demás, las intervenciones personales de la autora en el texto son muy escasas; apenas hemos anotado un par de pasajes en los que Manieri propone conjeturas propias (86.6 y 90.23), ninguna de las cuales, curiosamente, explica en el comentario.

Precede a la edición, traducción y comentario una amplia, precisa y muy bien organizada y documentada Introducción (pp.15-63), en la cual la autora trata los temas fundamentales para comprender en todos sus aspectos los tratados que se editan y situarlos

<sup>1</sup> De hecho, el tratado se cierra con el desarrollo de algunos temas favoritos del epinicio pindárico: el triunfo deportivo no requiere únicamente fuerza física, sino también inteligencia, fuerza moral y capacidad de esfuerzo (πῶνος); véase la p.164.

debidamente dentro de la tradición retórica griega y dentro de su contexto cultural. El capítulo primero está dedicado a exponer y discutir los problemas de autoría, génesis y destino de la *Ars Rhetorica*, la organización de los tratados dentro de la colección y la estructura de cada uno de ellos en particular. En el capítulo segundo la autora se centra en concreto en los dos tratados que edita, para lo cual nos ofrece una excelente historia del panegírico y del protréptico en la tradición retórica grecolatina y un estudio de las características formales y de contenido de ambos tipos de discurso, así como una discusión sobre su florecimiento en el siglo II, coincidiendo precisamente con una revitalización de la agonística griega en ese período. Finalmente, en el capítulo tercero Manieri se ocupa de analizar las circunstancias bajo las que, desde la época clásica, la oratoria ocupa un lugar de cierta importancia en los *agônes* deportivos. Para ello la autora atiende a dos grupos de discursos: por un lado, los discursos pronunciados espontáneamente, fuera del programa oficial de los Juegos, que a su vez podían ser ἐπιδείξεις o demostraciones de ingenio y habilidad oratoria, o bien discursos de más calado, en los cuales el orador (un Gorgias, un Lisias o un Isócrates) expone y discute, ante la numerosísima asamblea de griegos reunida para la ocasión, los temas capitales y las preocupaciones más acuciantes de la vida política griega del momento; y, por otro lado, las competiciones de oratoria incluídas en el programa oficial de los Juegos, que tenemos documentadas desde el siglo IV a.C. y que se hacen especialmente frecuentes en época imperial, cuando la oratoria ligada a los *agônes* deportivos ha perdido ya, obviamente, toda intención crítica y se ha hecho exclusivamente encomiástica.

El texto griego va acompañado de un aparato de referencias y de un completo aparato crítico, atento a recoger, además de las *variae lectiones* y las correcciones y conjeturas de los filólogos modernos, también los rasgos paleográficos que pudieran ser de interés. En el amplio comentario se tratan con pormenor cuestiones textuales, gramaticales y retórico-estilísticas, se analiza la estructura de los tratados y el uso de los tópicos retóricos, y se discuten cuestiones de *realia* relativas a los orígenes, características, ritual y desarrollo de los *agônes* deportivos y, en general, al papel del deporte y las competiciones deportivas en la sociedad y la cultura griegas. Como se ha indicado a propósito de la Introducción, también el comentario demuestra que la autora ha llevado a cabo un trabajo muy serio y bien documentado, aunque en algún caso puntual hayamos echado en falta referencias a algunos estudios cuya consulta hubiera podido ser interesante para el tratamiento de los temas en cuestión. Así, por poner algún ejemplo, la consulta del libro de H.M. Lee, *The program and schedule of the Ancient Olympic Games* (Hildesheim 2001) podría haber sido muy útil para los temas tratados en pp. 58 ss., y lo mismo cabe decir, para diversos lugares del comentario, del libro de S. Müller, *Das Volk der Athleten. Untersuchungen zur Ideologie und Kritik des Sports in der griechisch-römischen Antike* (Trier 1995)<sup>2</sup>; y en diversos momentos (pp.113-114, 124) Manieri da por sentado un origen casi exclusivamente

<sup>2</sup> Por otro lado, en la Bibliografía no aparece recogido el libro de Boulanger al que se remite en la n. 44 de p. 50 y en otros lugares.

funerario para los festivales deportivos griegos, una generalización que nos parece excesiva (un excelente análisis de conjunto puede encontrarse en C. Ulf-I. Weiler, «Der Ursprung der antiken Olympischen Spiele in der Forschung. Der Versuch eines kritischen Kommentars», *Stadion* 6, 1980, pp. 1-38).

Al igual que el resto de las obras incluidas en la *Ars Rhetorica* atribuida a Dionisio de Halicarnaso, los dos tratados editados en el volumen que comentamos ofrecen buena información sobre la tradición retórica griega y, más en concreto, sobre los métodos de enseñanza empleados en las escuelas de retórica, al tiempo que reflejan fielmente las discusiones abiertas en torno a algunos temas (la importancia social y cultural del deporte y los deportistas) que venían siendo debatidos en el mundo griego al menos desde el siglo VI a.C. y que se reavivan, con opiniones a favor y en contra, en un período en el que se produce un renacimiento de la agonística deportiva, como atestiguan también algunos escritos de Galeno y el tratado *Περὶ γυμναστικῆς* de Filóstrato. El libro de Alessandra Manieri aporta indudablemente mucha y muy buena información y un ponderado análisis crítico de estos temas.

FERNANDO GARCÍA ROMERO  
Universidad Complutense de Madrid

SULPICE SÉVÈRE, *Gallus. Dialogues sur les «vertus» de Saint Martin*. Introduction, texte critique, traduction et notes par Jacques Fontaine, avec la collaboration de Nicole Dupré, *Sources Chrétiennes*, 510, París, Les Éditions du Cerf, 2006, 380 pp.

Sulpicio Severo es autor de tres obras fundamentales para el conocimiento del cristianismo de finales del siglo IV y comienzos del V: la vida de San Martín de Tours, el *Chronicon*, y la que nos ocupa aquí, el *Gallus*, o *Diálogo sobre las virtudes*. En su obra sobre la vida de San Martín, personaje santificado por unos y denostado por otros por su defensa del ascetismo como componente fundamental de las creencias cristianas, Sulpicio Severo desplegó un panegírico que exaltaba la originalidad de la devoción de este santo, su maestro, su forma de entender las creencias cristianas y el modo de hacerlas llegar a sus fieles. En el *Gallus* Sulpicio Severo fue más allá. Aunque esta obra presenta una conexión evidente con la figura de San Martín, que parece ser el eje primordial del pensamiento teológico y literario de Sulpicio Severo, el *Gallus* tiene vocación más universal, porque despliega ante el lector la pluralidad de manifestaciones del cristianismo en varias regiones del Imperio Romano a través de dos testimonios: el de Postumiano, un peregrino que había viajado a Palestina y Egipto, y el de San Martín (representado en el diálogo por Sulpicio Severo y Gallo), que aporta el bagaje de su propia experiencia religiosa a este intercambio de ideas. El marco en el que se desarrolla el diálogo es un tópico bien conocido en la literatura



desde la antigüedad: un encuentro de varias personas en una villa para establecer un diálogo, al estilo de los que escribió Cicerón, o de los que utilizaron algunos autores cristianos a modo de controversia para exponer sus opiniones. Es una muestra más de la utilización de géneros antiguos, como el diálogo, con fines nuevos al servicio del Cristianismo.

Con la publicación de este volumen en la colección *Sources Chrétiennes* se actualiza la edición de esta obra, tan importante para el conocimiento de la historia del Cristianismo pero no siempre lo suficientemente valorada. La edición hasta ahora disponible era la de Halm, publicada en el *Corpus Vindobonense* en 1866. Como es costumbre en la colección *Sources Chrétiennes*, el volumen se abre con una amplia introducción, que va seguida del texto latino y de su traducción francesa, enriquecidos ambos textos por un rico aparato de notas que aclaran cuestiones lingüísticas y de *realia*. Hay que recordar que el lector español dispone de la traducción al español de esta obra y de las restantes de Sulpicio Severo por Carmen Codoñer (Sulpicio Severo, *Obras completas*, Madrid 1997).

Una obra como el *Gallus* precisa, probablemente, más comentarios y explicaciones que otras de este mismo autor, como su *Chronicon*, dada su complejidad, su género literario y la gran profundidad religiosa y teológica que alcanza en alguna de sus secciones. Por ello el editor, Jacques Fontaine, excelente conocedor del tema, aborda con gran maestría cuestiones tan complejas para este texto como su estructura, género y datación, por una parte, y la función para la que Sulpicio Severo concibió esta obra, sus objetivos, y la identidad y carácter de sus personajes por otra. Y además, aporta una interesante puesta al día de los estudios sobre Sulpicio Severo en los últimos años. Baste remitir al lector al capítulo primero del volumen, titulado «Les études martinienues au XX<sup>e</sup> siècle» (pp. 13-16), para comprender el importante y radical giro que ha dado la postura ortodoxa muy común frente a la obra de Sulpicio Severo y la necesidad que existía de disponer de una nueva edición de esta obra realizada con una perspectiva actual.

JOSÉ MANUEL CAÑAS REÍLLO  
CSIC

ESCOBAR, ÁNGEL (ed.), *El palimpsesto grecolatino como fenómeno librario y textual*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2006, 194 pp.

Esta publicación se enmarca dentro del proyecto europeo *Renacimiento virtual. Análisis digital de palimpsestos: recuperación de documentos escritos pertenecientes a un oculto patrimonio europeo (Rinascimento virtuale-Digitale Palimpsestforschung: Rediscovering written records of a hidden European cultural heritage)*, cofinanciado por la Unión Europea a través de su convocatoria «Cultura 2000», con actividades que

se iniciaron en 2001 y concluyeron provisionalmente en 2004. Se trataba de un proyecto coordinado por el prof. Dieter Harlfinger, desde la Universidad de Hamburgo, en el que también participaban instituciones de Austria, Finlandia, Grecia, Holanda, Italia y España, en este último caso a través del prof. Escobar Chico —editor del volumen—, de la Universidad de Zaragoza, en colaboración con la institución «Fernando el Católico». El proyecto pretendía desplegar una amplia labor científica para catalogar y digitalizar los *palimpsestos* griegos y latinos conservados en las bibliotecas europeas con la aplicación de las nuevas tecnologías en el tratamiento de la imagen, singularmente la digitalización multispectral, que ha permitido recuperar textos en escritura inferior que antes pasaban inadvertidos o eran simplemente ilegibles.

El propio D. Harlfinger es quien se encarga de hacer la *Presentación* del volumen, en la que destaca la heterogeneidad y, a la vez, la complementariedad de los trabajos aquí reunidos, que conjugan diferentes perspectivas (las del codicólogo, paleógrafo, filólogo y la del historiador) necesarias para abordar un fenómeno de tanta complejidad y riqueza. A continuación, Ángel Escobar firma la *Introducción*, en la que se sitúa la publicación dentro del marco del proyecto europeo antes aludido y esboza las grandes líneas de los trabajos por él reunidos en este volumen. A él también se debe, dentro ya de su primera sección («Origen y evolución del palimpsesto grecolatino»), una muy útil síntesis de carácter general y que da título al volumen («El palimpsesto grecolatino como fenómeno librario y textual») sobre las más antiguas documentaciones de *codices rescripti*, sobre su confección, tipología, motivaciones y distribución geográfica en época medieval, tanto en el ámbito bizantino como en el occidental, así como sobre el valor textual de los *palimpsestos*, circunstancias sociológicas, sin olvidar los avances actuales, gracias a la tecnología digital, en el proceso de su recuperación. A Ángel Escobar también debemos un interesante apéndice final, titulado «Hacia un repertorio de palimpsestos griegos y latinos conservados en las bibliotecas españolas», sobre el que luego volveremos.

Tras el trabajo del prof. Escobar, la primera sección también contiene un estudio de E. Crisci sobre el fondo de palimpsestos de la abadía griega de Grottaferrata («*Codices Graeci rescripti* fra antichità e medioevo bizantino. Il caso dei palinsesti di Grottaferrata»). Se trata aproximadamente de sesenta palimpsestos, estudiados en su día pioneramente por el mismo autor, que se sitúan cronológicamente en un arco que iría desde el s. XIII (más de la mitad de ellos) hasta comienzos del XVI (uno), ligados mayoritariamente al ámbito religioso, aunque no falten los ejemplos de escrituras superiores de contenido profano, con atención especial a varios de ellos. A continuación, F. Lo Monaco se ocupa del estudio de los palimpsestos latinos de la biblioteca del monasterio de Bobbio («*De fatiis palimpsestorum bibliothecae Sancti Columbani Bobiensis*») y concluye con un apéndice sobre los palimpsestos ambrosianos *antiquiores* que verosímelmente proceden de dicha biblioteca.

La segunda parte o sección del volumen («El palimpsesto y su recuperación») contiene un único trabajo, el de Ch. Faraggiana di Sarzana, cuyo título, «La fotografia applicata a manoscritti greci di difficile lettura: origini ed evoluzione di uno

strumento di ricerca e i principi metodologici che ne regolano l'uso», es suficientemente ilustrativo sobre su contenido: un muy documentado recorrido histórico desde las primeras fotografías de manuscrito (la de Talbot, en 1840, sobre un autógrafo de Byron, y las de Omont, entre 1887 y 1892, sobre manuscritos griegos parisinos), o el primer empleo de microfilmes para el estudio de manuscritos (el del benedicto Cappuyns en 1928), hasta los últimos desarrollos en el tratamiento de la imagen digital. En el caso de la lectura de los palimpsestos grecolatinos, fueron hitos importantes los de Pringsheim-Gradenwitz (1894), Kögel (1913), Pampaloni (1915) o, más recientemente, la primera mesa redonda sobre el tema, dirigida por Fossier e Irigoien, cuyos resultados se publicaron en 1990. Además de ofrecerse direcciones de Internet con materiales útiles, tanto para la investigación como para la docencia, se proponen algunas pautas para la correcta manipulación digital de las imágenes con la mirada puesta en una futura «biblioteca digital de manuscritos».

La tercera y última sección, quizá más técnica, «El palimpsesto y sus contenidos: el ejemplo litúrgico-musical», nos ofrece tres contribuciones. A. Doneda («I manoscritti liturgico-musicali bizantini: tipologie e organizzazione»), a manera de introducción, se ocupa de las fuentes bizantinas con notación musical y las principales colecciones, dedicando especial atención a las colecciones litúrgico-musicales más antiguas. Por su parte, M. Alexandru («The paleography of Byzantine music: a brief introduction with some preliminary remarks on musical palimpsests») repasa las fases principales en la evolución de la notación musical bizantina y ofrece información sobre fuentes fragmentarias (incluidas las papiáceas) y los sistemas locales de notación, además de la efonética y melódica. Por último, L. Scappatici («Codici musicali palinsesti del monasterio di San Colombano di Bobbio») completa la sección con el estudio de los palimpsestos musicales latinos procedentes de este monasterio, especialmente de los conservados en la Biblioteca Nacional Universitaria de Turín, y con la edición de fragmentos musicales, entre los que destaca el hasta ahora inédito *Aleluya* dedicado a la Virgen María.

Como decíamos al principio, el volumen se cierra con un importante apéndice, obra del editor, Ángel Escobar, con el listado provisional de palimpsestos griegos y latinos conservados en las bibliotecas españolas. Son, hasta la fecha, once palimpsestos griegos, repartidos en la Biblioteca Nacional (cinco), en la del Monasterio de El Escorial (otros cinco) y en la Biblioteca Universitaria de Salamanca (uno), que proceden mayoritariamente del Sur de Italia, como es el caso de la mayoría de los códices *Matritenses*, que llegaron a la Biblioteca Nacional gracias al legado del conocido filólogo y copista griego Constantino Láscaris. El elenco de palimpsestos latinos, más provisional, llegaría hasta ahora a la veintena, con ejemplares también repartidos entre distintas bibliotecas de Barcelona (Biblioteca del Archivo de la Corona de Aragón y Biblioteca de Cataluña: un ejemplar en cada una), Burgos (un palimpsesto en el Archivo Capitular), Madrid (Biblioteca de El Escorial: cuatro; Biblioteca Nacional: cinco; Biblioteca de la Real Academia de la Historia y Biblioteca de la Universidad Complutense: un palimpsesto en cada una), León (uno en el Archivo de Catedral), Toledo (dos en el Archivo y Biblioteca Capitular) y Tortosa (tres en la Biblioteca

Capitular), a los que habría que añadir dos documentos palimpsestos latinos depositados en el Monasterio de San Cugat del Vallès y en el Archivo de la Catedral de La Seu d'Urgell, respectivamente, así como los cuatro de posible origen hispánico, hoy conservados en bibliotecas extranjeras (Copenhague, Schaffhausen y París). Cierran el volumen una bibliografía y varios índices (de manuscritos y láminas).

No nos queda sino celebrar la publicación de esta obra, agradecer su valiosa contribución en el proyecto europeo al prof. Escobar, quien ya unos años antes, en colaboración con P. Val, nos hizo una primera entrega de los resultados en *Palimpsestos. News from Rinascimento virtuale-Digitale Palimpsestforschung* (Zaragoza, 2004), y desear que la investigación pueda continuar en el futuro con tan buenos resultados como los cosechados hasta ahora.

FELIPE G. HERNÁNDEZ MUÑOZ  
Universidad Complutense de Madrid

## II. LINGÜÍSTICA

RIAÑO RUFILANCHAS, DANIEL, *El Complemento Directo en Griego Antiguo. Manuales y Anejos de Emerita*, XLVII, Madrid, CSIC, 2006, XXXII + 620 pp.

El objetivo de este ambicioso estudio es describir las reglas que determinan la forma de los complementos verbales en griego antiguo, es decir, por qué se utiliza a veces el acusativo y otras veces el genitivo, el dativo o diferentes sintagmas preposicionales. Como resultado del análisis de cientos de datos, Daniel Riaño propone, y ésta es la hipótesis central del libro, que todo depende fundamentalmente del rasgo de la «afectación», es decir, del grado en que el evento descrito en el verbo afecta a la entidad que funciona como su complemento. Se trata, en el fondo, de una reformulación de la teoría de la Transitividad tal y como ha sido propuesta por Hopper-Thompson (*Language* 1980) o Givón (*English Grammar* 1993), a los que en parte supera, pues ofrece un modelo que integra sintaxis y semántica y es, además, adecuado cognitiva y tipológicamente.

El libro se organiza en una presentación y cuatro partes principales, seguidas de varios apéndices. En la presentación, aparte de convenciones de cita y terminología, se presenta el corpus, que se compone de pasajes de Tucídides, Jenofonte, Polibio, Nuevo Testamento (*Evangelio de Lucas y Hechos*) y la *Vida de Esopo*, hasta alcanzar la cifra de unas 20.000 palabras por autor. De las cuatro partes que constituyen el núcleo del estudio, la primera («Cuestiones preliminares») repasa de forma clara aspectos lingüísticos generales directamente relacionados con el tema de estudio. La

segunda parte («Transitividad y complemento directo en griego antiguo») es la fundamental de este libro, pues, tras hacer un documentado repaso de los antecedentes teóricos y las propuestas anteriores para el griego, formula (pp. 129-146) la hipótesis central del estudio, que ya hemos avanzado más arriba. La parte tercera ocupa dos tercios del volumen y se dedica a repasar detalladamente todos los tipos semánticos de complemento en griego que resultan de la propuesta de análisis del autor, lo que permite comprobar con tanta profundidad como se desee la verosimilitud de la propuesta para cada tipo de complemento. Finalmente, la cuarta parte recoge las conclusiones. El libro se cierra con cuatro apéndices: una descripción de la herramienta informática diseñada por el autor para realizar su investigación, denominada *Aristarchus*; indicaciones para leer las numerosas estadísticas del libro; una breve relación de pasajes que no se han analizado, donde no se indica, sin embargo, para cada pasaje la razón de tal exclusión; finalmente, numerosas tablas estadísticas que ilustran las conclusiones a las que se llega en el cuerpo de la obra. Los muy útiles índices de pasajes citados han aparecido en un volumen aparte editado en Raleigh (N.C.), Lulu, 2008.

La aportación más importante de este estudio es la nueva definición del rasgo que determina el grado de transitividad de un verbo. La hipótesis de Riaño define la «afectación» como una escala compleja, en la que el objeto se puede situar desde un punto de afectación máximo a uno mínimo (pp. 135-140). El polo máximo de afectación sería aquel en el que el objeto es creado como resultado de la acción descrita en el verbo; luego, en una secuencia decreciente de afectación, irían: transformación del objeto > dominio-control sobre el objeto > transmisión de energía al objeto > simple contacto con el objeto > participación indirecta o secundaria en el objeto > persecución o seguimiento del objeto. Según esta escala los tipos de objeto se organizan según el siguiente esquema (p. 141):

- Complemento efecto (se crea como resultado de la acción):
  - efecto propio (se crea en un universo sensible)
  - efecto impropio (no se crea totalmente o se crea en un universo abstracto):
    - lingüístico-cognitivo (se crea en la mente o el discurso)
    - *efficiendum* (no se crea necesariamente, sólo se busca crearlo)
  - efecto incoativo (sólo comienza a existir como resultado de la acción)
- Complemento no efecto (no se crea como resultado de la acción)
  - transformado (se modifica como resultado de la acción)
  - no transformado:
    - alcanzado (se le transmite alguna forma de energía con la acción)
    - dominado (el verbo indica alguna de forma de dominio o control)
    - no afectado (ni se le trasmite energía ni se le controla):
      - partícipe (el verbo indica alguna forma de participación en obj.)
      - espacial (se describen relaciones locales con respecto al objeto)
  - partitivo

Según este esquema, se puede predecir, de acuerdo con la propuesta de Riaño, la forma que adoptará el complemento. Limitándonos sólo a algunas de las posibilidades previstas (pp. 144-146), las más importantes, se pueden citar:

a) Frente a otras propuestas anteriores, los complementos verbales en griego se clasifican en dos grandes grupos: los efectuados y los no efectuados o afectados.

b) Cuanto más a la izquierda y más arriba se encuentre un complemento dentro de cada uno de los dos grupos (complementos efectos y no efectos) más posibilidades hay de que se exprese en acusativo. Cuanto más a la derecha o más abajo, más posibilidades hay de que la marca sea genitivo, dativo o sintagma preposicional.

c) Cuanto más a la izquierda y más arriba dentro de cada subgrupo se encuentre un complemento, más posibilidades habrá de que sea Objeto Directo (con posibilidades de ser sujeto de la pasiva).

d) En las construcciones con dos complementos: si un verbo tiene dos complementos en acusativo, pertenecerán a tipos diferentes de complemento. Así se prueba, además, estadísticamente en uno de los apartados descriptivos más relevantes de todo el libro (pp. 515-524).

e) Diacrónicamente, si un verbo modifica con el tiempo el tipo de complemento que exige, esta evolución se hará avanzando de un tipo al tipo contiguo, sin saltos.

No creo que sea exagerado resaltar la importancia de unas conclusiones como las resumidas. La propuesta de Riaño ofrece por primera vez un análisis unificado y detallado de todas las posibilidades formales que puede adoptar el complemento de un verbo en griego antiguo y una explicación general de las variaciones. La hipótesis es, además, adecuada en términos cognitivos y tipológicos.

Sin quitar nada de su valor a unos resultados como los indicados, debemos, sin embargo, hacer notar algunos problemas que surgen al analizar con más profundidad el modelo propuesto y la metodología empleada.

En primer lugar, parece dudoso que, como hace Riaño, podamos considerar los distintos tipos de complemento como categorías discretas o casillas estancas. De hecho, está ampliamente aceptado hoy en los estudios semánticos que el componente léxico de la lengua funciona según esquemas de carácter paradigmático más que estar organizado como clases cerradas. Si aceptáramos la existencia de límites difusos entre las clases podríamos quizá entender mejor la existencia de alternancias sincrónicas en el uso de un mismo verbo, sin necesidad de recurrir a evoluciones diacrónicas, como se hace, por ejemplo, con ἄπτω ‘asir, tocar’ (pp. 299-302). Simplemente se trata de un verbo que se halla conceptualmente en una posición intermedia entre los verbos de dominio, que suelen regir acusativo, y los de contacto, que rigen frecuentemente genitivo. Quizá así pudieran explicarse también las alternancias entre una complementación en acusativo o en genitivo para un verbo como τυγχάνω ‘obtener,

alcanzar' (pp. 330-1; explicación diacrónica en p. 363); entre acusativo y dativo para un verbo como χρῶμαι 'utilizar, servirse de' (pp. 346-350), cuya relación con su objeto está entre la de dominio y la de participación; entre acusativo y un sintagma preposicional para un verbo como βλέπω 'mirar, dirigir la vista hacia' (p. 367), que quizá esté entre un objeto alcanzado o un partícipe y uno espacial-directivo. Los ejemplos podrían multiplicarse. La introducción del concepto de prototipo y de clases no cerradas parece ajustarse más a los hechos sincrónicamente y sería más ajustada tipológicamente.

En segundo lugar, no queda suficientemente claro el procedimiento de clasificación de los complementos en el esquema. Por un lado, a pesar de reconocer el papel del contexto, se opta por utilizar exclusivamente la semántica verbal como criterio de clasificación del objeto (p. 142). Por otro lado, el análisis en algunos casos sí parece sensible a las características semánticas del propio objeto. Así, por ejemplo, la alternancia entre acusativo y genitivo para los verbos de gobierno se explica, en función de las características del objeto, bien como un objeto dominado, bien como no afectado (pp. 358-359). Igualmente, los objetos segundos de verbos que implican algún movimiento como ἄγω o ἀκολουθέω pueden considerarse partícipes, si se trata de personas, o local-directivos, si son lugares u objetos inertes (pp. 366-368). Hay otros ejemplos.

En tercer lugar, se echa de menos una discusión general sobre lo que representa la presencia del genitivo, sobre todo, y, secundariamente, del dativo como marcas de objeto. El autor parece fluctuar entre una justificación de tipo semántico y una de tipo exclusivamente sintáctico: en muchos lugares se explica el genitivo como la manifestación de una metáfora asociada a una relación espacial de tipo ablativo (pp. 60-63 con carácter general; p. 216 para los objetos de tipo partícipe; p. 224 para los objetos incoativos; pp. 299-303 para los objetos de contacto; p. 303, para ἀκούω, etc.). Sin embargo, en otros casos se rechaza explícitamente esta interpretación (p. ej. para el genitivo con τυγχάνω, p. 331) y se ofrece como justificación alternativa que el genitivo es sólo marca de detransitivación. Lo mismo sucede para los verbos de gobierno (pp. 355-359). Esto implica que se suponen para el genitivo dos valores, uno semántico y otro puramente sintáctico, bien simultáneamente, bien sucesivamente —de marca original de ablativo habría pasado a marca sólo de detransitivación—. En cualquier caso todo el fenómeno, bien de coexistencia sincrónica, bien de evolución diacrónica, queda por describir y explicar.

En cuanto al dativo, se insiste en su origen directivo y no se tiene en cuenta la posible existencia en indoeuropeo de un dativo que expresara propiamente el beneficiario, aunque se reconoce que en el griego histórico está asociado generalmente a contenidos léxicos personales, lo que permite interpretarlo casi siempre como un valor beneficiario-directivo —es decir, el que tradicional e impropriamente se ha etiquetado con el oscuro nombre de Complemento Indirecto— (pp. 62-65). Queda completamente sin explicar, sin embargo, la presencia del dativo de contenido instrumental como complemento de verbos de uso como χρῶμαι (pp. 346-350), a pesar

de tratarse de un complemento plenamente dominado. Para explicar este fenómeno, que contradice las previsiones del esquema general, se recurre a «causas históricas», que, sin embargo, no se describen ni discuten.

No hay espacio para debatir otros asuntos de fondo que, aunque no quitan fuerza a la propuesta general del trabajo, hacen que sus resultados sean menos completos y coherentes de lo que podrían haber sido si se hubieran resuelto.

Para terminar, citaré algunas cuestiones formales que, por su importancia, pueden inducir a algún error. En primer lugar, no es suficientemente claro el empleo de términos centrales para la discusión como «complemento», «objeto», «objeto directo», «actante», «suplemento», etc., que proceden de diferentes teorías y autores. Los conceptos fundamentales se discuten, entremezclados con cuestiones teóricas de calado, en las pp. 18-39, aunque habría sido de desear un resumen sinóptico del conjunto y, sobre todo, una simplificación de la terminología para utilizar una única etiqueta para cada noción. Como ayuda del lector conviene recordar que en la terminología del autor «complemento» y «objeto» se utilizan como estrictos sinónimos y de forma indistinta para referirse a cualquier elemento de tipo nominal dependiente de un verbo. Los complementos u objetos se dividen en «argumentos» o «actantes» (necesarios, rígidos) y «satélites» o «circunstantes» (opcionales). Finalmente, los argumentos se dividen en «complemento directo» u «objeto directo» (capaz de aparecer como sujetos en la versión pasiva de la frase) y «suplementos».

En segundo lugar, también en cuanto a la terminología, debería evitarse la mezcla de etiquetas en latín y castellano, como, por ejemplo, *complementum effectum* contrapuesto a «complemento no efecto» (tabla, p. 141), que aparece, sin embargo, como *complementum non effectum* o *affectum* en numerosos pasajes posteriores; los «complementos alcanzados» aparecen subtítulos en su epígrafe (p. 289) con el complicado nombre de *non effecta assecuta*; etc. Hay otros casos.

En el ámbito de la organización, hay algunos problemas en la jerarquización de los capítulos que contradicen la, por lo general, ordenada presentación de los datos y las discusiones. Así, junto con la numeración habitual correlativa (I 1, I 2, ... II 1, II 2, etc.), se introducen a veces divisiones no numeradas y que interrumpen la secuencia general; así, por ejemplo, entre II 3.1 y II 3.2 se introduce un epígrafe «La escala de transitividad en griego», no numerado y cuyo carácter jerárquico no queda claro. Lo mismo sucede entre III 10.9 y III 10.10; entre III 14.4 y III 14.5 y otros lugares de III 14 (con la dificultad añadida de que aquí aparece una nueva numeración A, B, C para estos epígrafes interpolados). En otros casos, una parte de la numeración va entre corchetes sin que quede claro por qué (p. ej. III 11.[1]); uno de los casos más llamativos es el de una parte del apéndice 4, que aparece numerado con entradas como 3.[III.11[2].3.B.3], virtualmente incomprensibles.

Finalmente, la organización y presentación del material ofrece algunas inconsecuencias. Así, por ejemplo, aparte de la presentación general y del gran capítulo introductorio preliminar, hay de nuevo una justificación casi general del trabajo en la p. 134; la discusión más importante sobre el cambio de significado de los verbos



y la consiguiente modificación en su tipo de complemento aparece sólo en las pp. 369-371; y se podrían citar algunos otros ejemplos. Digamos, para concluir, que en el aspecto formal la presentación es muy pulcra y apenas se descubren erratas.

En conclusión, Daniel Riaño ha elaborado uno de los estudios sobre sintaxis griega más serios y profundos de cuantos se hayan realizado en España. Sus métodos de trabajo tanto teóricos como materiales, por medio de herramientas electrónicas, son muy buenos. Sus conclusiones, aunque es posible que sean revisadas en el futuro en determinados aspectos, constituyen hoy por hoy la mejor descripción y explicación que tenemos de las características de la complementación verbal en griego antiguo.

JESÚS DE LA VILLA

Universidad Autónoma de Madrid

RUIZ YAMUZA, EMILIA, *Tres verbos que significan 'deber' en griego antiguo*, Zaragoza, Pórtico Librerías, 2008, 190 pp.

En realidad, este libro consta de dos componentes estrechamente ligados entre sí, aunque el relativo al estudio concreto de los verbos griegos a que alude el título, a saber, ὀφείλω, δέω y χρεῖ, es para un helenista el más importante.

A su estudio precede, sin embargo, la exposición de doctrinas de estudiosos anglosajones que establecen una primera trama para intentar fijar los sentidos y acepciones de los verbos griegos en cuestión. El centro de esta trama está en establecer, dentro de los verbos modales (o de acepciones de los mismos), una oposición entre una modalidad deóntica, orientada al agente, y una epistémica, orientada al hablante. Con múltiples subdivisiones dentro de ellas.

Esa doble oposición puede tener, en efecto, un valor general, pero es dudoso que pueda decirse lo mismo de sus subdivisiones. En el estudio diríamos que filológico de los tres verbos griegos citados, la autora reconoce más de una vez que el problema está en la no correspondencia de ciertos usos griegos y otros españoles. Personalmente la acompaño en esto. El peso abrumador de la lengua inglesa hace que cada vez más tiendan a interpretarse como generales rasgos de la gramática y el léxico ingleses que solo a veces lo son. Y ello en capítulos como los del modo, aspecto, tiempo y en las oposiciones semánticas en general.

Sin embargo, la aplicación de la mencionada oposición al estudio semántico de los verbos en cuestión da resultados fructíferos. Se trata, en efecto, de una oposición útil en la organización semántica de verbos como los estudiados por la autora. Y es corregida una y otra vez, en el detalle, en el estudio de los tres verbos.

Este es un estudio fundamentalmente filológico, realizado sobre ejemplos seleccionados de diferentes variantes del griego (micénico, Homero, la Biblia, etc.). Un estudio bien llevado, en el que se utilizan criterios como la cronología, el contexto amplio, la existencia de gradaciones, ambigüedades, hasta la «fusión» de sentidos.

El estudio filológico, en efecto, siempre es una medicina para teorías demasiado ambiciosas y generalistas.

El libro resulta, pues, útil, aunque la ejemplificación que usa es, como no podía ser menos, parcial. Más atención a estudios sintácticos y lexicales podría haber aprovechado al libro, que a su vez puede aprovecharse en esos estudios.

Este representa, en suma, una contribución apreciable al estudio de la sintaxis y el léxico griegos. Aunque no oculto que, para mí, resulta un tanto superflua tanta generalización a partir del inglés, innecesaria por lo demás a veces. Al menos, ofrece un punto de partida para todo el estudio.

FRANCISCO R. ADRADOS

### III. LITERATURA Y FILOSOFÍA

FRIEDRICH, RAINER, *Formular Economy in Homer. The Poetic of Breaches, Hermes Einzelschriften*, 100, Stuttgart, F. Steiner, 2007, 159 pp.

El autor comienza repasando el tema de la dicción formularia en Homero desde Parry, Lord, etc. Se sabe que hay mucha bibliografía sobre su crecimiento y modificaciones y que es considerada como prueba principal de la poesía oral griega y no griega.

El centro está en las fórmulas nombre-epíteto, pero la esquematización de la dicción oral es más amplia. Nuestro autor distingue entre los epítetos genéricos y los distintivos (aplicados a un solo héroe), a esto añade las fórmulas particularizadas, caracterizadas por su sentido dentro de un contexto particular.

Pero existen «brechas», rupturas en la economía: es el tema central del libro. Las fórmulas de «Héctor» son una para cada uno de los cuatro espacios métricos principales; pero «Hera» las tiene solo para tres y en uno de ellos hay una duplicación (βοῶπις πότνια Ἥρη / θεὰ λευκώλενος Ἥρη). Esto significa ruptura en la economía. Claro que no todas las duplicaciones significan una ruptura, en otras intervienen consideraciones prosódicas. Y a veces hay equivalencia métrica de dos fórmulas, pero diferencia semántica. Esto se ejemplifica ampliamente.

De otra parte, entre la teoría oral en general y la del Homero oral, hay diferencias. Nuestro autor las examina en detalle (p. 30 ss.) Por ejemplo, «el sistema de Aquiles» es más «extensivo» y menos económico que otros. Es estudiado sistemáticamente en p. 36 ss., así como, a continuación, «el sistema de Zeus». El principio de economía es roto 11 veces en el caso de Aquiles, 19 en el de Zeus.

A partir de p. 40 el autor hace una serie de consideraciones sobre la extensión de las rupturas, seguida de una larga relación de esas rupturas. En una Lista A (pares con equivalencia métrica) recoge los grupos nombre propio + epíteto, luego los grupos nombre + epíteto, luego los verbales; en una Lista B, las frases con equivalencia métrica en las que puede haber «brechas».

En p. 65 ss. comienzan las conclusiones: en Homero hay más brechas en la economía de las que se supone. ¿Y por qué todo esto? Por una *variatio* deliberada; por evitar «infelicities» estilísticas y contextos desafortunados; por búsqueda de la justeza de expresión.

O sea: no todo es esquemático en Homero, también interviene un poeta individual que tiene sus preferencias y otras más de diversos tipos estilísticos. La barrera entre literatura oral, a base de una economía mecánica, y literatura escrita, que busca la palabra justa, es exagerada. ¿Es que la literatura escrita ha penetrado la oral? (Kirk). ¿O hay una transición entre los dos estilos, una post-oralidad? (nuestro autor).

Creo que se trata de un falso problema, el sistema formulario ayuda a la composición y a la memoria, pero no tiene por qué llegar a un mecanicismo total, antipoético. Y menos en la épica avanzada, coexistente sin duda alguna con los inicios de la lírica y con un mayor desarrollo poético.

Eso pienso, y también que hay que agradecer a nuestro autor que haya señalado con el dedo algunas de las huellas más notables de la capacidad de creación estilística, semántica y poética, en términos antiguos y modernos, de Homero.

FRANCISCO R. ADRADOS

OMERO. *Margite*. Introduzione, Testimonianze, Testo critico, Traduzione e commento a cura di Antonietta Gostoli, *Testi e commenti*, 21, Pisa - Roma, Fabrizio Serra Editore, 2007, 96 pp.

Nos hallamos ante un muy cuidadoso estudio filológico sobre un tema no sólo difícil, sino de resultados necesariamente inciertos. Se trata de los fragmentos del poema conocido como *Margites*, por el nombre de su héroe cómico, fragmentos atribuidos a Homero por autores griegos desde Aristóteles a Homero y que también figura en el título del libro que comentamos. Pero también se han hecho otras atribuciones o, simplemente, la autoría de Homero es negada (por parte de autores antiguos de época romana y de muchos modernos).

Varios fragmentos, que contienen una combinación del hexámetro dactílico y el trímetro yámbico (o bien restos de uno u otro), nos presentan a Margites como un bufón, un necio y un inútil. La obra sería, para Aristóteles en la *Poética*, la contrapartida cómica de la epopeya, que presagiaba la tragedia. Homero sería, en cierto modo, el padre de ambos géneros. Y esta construcción teórica, que domina toda la *Poética*, es quizá la causa de la atribución a Homero. En todo caso, estos fragmentos hay que atribuirlos a un *Margites*, de Homero o no.

Pero esto no es seguro en otros dos casos. Uno, cuando a los fragmentos literales atribuidos al *Margites* se añaden citas de tradición indirecta que ofrecen la misma imagen de Margites, pero no nos dicen que procedan de un poema así llamado, podría tratarse, simplemente, de un personaje tradicional, tópico. Otro, el de tres

fragmentos papiráceos, bastante destrozados, en que entran elementos dactílicos y yámbicos, pero la atribución al *Margites* no deja de ser conjetural. Entre otras cosas, porque la organización de esos elementos es diferente de la del fragmento 1, en que dos hexámetros van seguidos de un trímetro yámbico.

La autora tiene, pues, entre sus manos un conjunto de fragmentos literales, de simples alusiones y de fragmentos dactílico-yámbicos que podrían pertenecer al poema a que hemos aludido. Pero no es nada seguro, tampoco para ella. Hace, en todo caso, un enorme esfuerzo para recoger todos los datos antiguos y todas las propuestas de los modernos y dar así una buena edición con testimonios, aparato crítico, traducción y comentario, también con propuestas propias sobre los fragmentos uno a uno. Aunque con frecuencia quede la duda sobre su pertenencia o no al poema.

Sobre la antigüedad de este, si es que no es de Homero, hay muy variadas opiniones —e igual sobre su autoría—. Pues si bien Eustracio, un comentarista de Aristóteles, dice que era conocido ya por Arquíloco (y de ahí, sin duda, la fecha del siglo VIII/VII postulada por nuestra autora), hay quien duda de que el texto del pasaje esté sano. Y queda, en todo caso, la duda sobre a qué fase de la tradición del poema corresponden nuestros fragmentos, los que realmente pertenezcan a él.

Merece la pena citar algunas posibilidades abiertas por la autora en su comentario del fragmento 1, aquel que dice, en traducción «Vino a Colofón un viejo, divino aedo, servidor de las Musas y de Apolo saetero, que llevaba en su mano la lira sonora». Comparando estos versos con el bien conocido pasaje del *Himno a Apolo*, parece claro que no es Homero el que recita estos versos, sino un aedo que hace referencia al «ciego de Quíos», es decir, a Homero. El recitador en cuestión, que se arroja con el recuerdo de Homero, sería un colofonio, que dejaría así una especie de *σφραγίς*. Hay varios autores antiguos que mencionan Colofón como patria de Homero, se ha supuesto la existencia allí de una escuela de aedos o rapsodos.

Pero, aunque remontemos la obra a fecha arcaica, si no a Homero a un aedo colofonio algo más tardío que habla de la presencia de Homero en la ciudad y siembre el equívoco, nuestra autora llama la atención sobre la atribución del poema, en la Suda, a Pígres. ¿Habría habido una segunda redacción, obra de Pígres, en los siglos V/IV? ¿Tendríamos nosotros, en algunos fragmentos, incluidos los papiráceos, restos de esta redacción?

Como se ve, nos movemos en un vacío considerable, un poema *Margites* de Homero o de la edad de los comienzos del yambo es irreconstruible: lo que tenemos es una serie de restos poéticos en que entran el dáctilo y el yambo para presentarnos a un personaje tradicional de tipo cómico, sin la sabiduría de personajes semejantes, tal Esopo y los mismos héroes de la Comedia. Y una serie de anécdotas sobre el mismo que estarían o no en el poema.

Con esto, sólo toco algunos puntos del libro. Son interesantes también otros aspectos, por ejemplo, lo relativo al estudio de la lengua y la métrica y todo lo referente a la tradición: el texto y a los *loci similes*. Y los índices *Auctorum* y *Verborum*.

FRANCISCO R. ADRADOS

GENTILI, B. Y CATENACCI, C., *Polinnia. Poesia greca arcaica*. 3.<sup>a</sup> ed., Messina - Florencia, G. D'Anna Casa editrice, 2007, 405 pp.

Más de medio siglo avala esta antología de líricos, que ha ido formando parte del acervo de estudios que diferentes generaciones de filólogos —en concreto desde 1948 en su primera edición y 1965 en la segunda— han manejado con profusión y provecho indiscutibles. De hecho, la «Premessa» que firmaba Bruno Gentili en 1965 advertía que, del entonces fallecido Gennaro Perrotta «la parte da lui curata relativa a Teognide, Archilocho, Ipponatte, Safo, Alcmane e Pindaro, tranne gli indispensabili aggiornamenti e ampliamenti ..., è rimasta invariata come testimonianza di un gusto e di una profonda sensibilità critica pronta a cogliere i valori più autentici, più suggestivi e attuali della poesia greca». Sin embargo aquella segunda edición ya auguraba la labor que ha venido ocupando a Gentili largos años, esto es, ofrecer una lectura de estos textos bajo una nueva toma de conciencia, en la dimensión y perspectivas de nuestro tiempo. De hecho, el artículo programático que de alguna manera sentaba estas bases, «L'interpretazione dei lirici greci arcaici nella dimensione del nostro tempo» (*QUCC* 8, 1969, pp. 7-21), cristalizó en una visión de conjunto articulada en *Poesia e pubblico nella Grecia arcaica*, Roma-Bari, 1983 [Milán, 2006<sup>4</sup>], obra que se encuentra en la base de la presente edición de *Polinnia*, reduciendo posibles excesos esteticistas en la interpretación literaria. En efecto, ahora no se abordan los textos *in medias res* sino que esta nueva edición se abre con un capítulo general, «La poesía greca», en el que se repasan los conceptos y las pautas para entender el carácter pragmático de la lírica griega (desde el «yo poético» al carácter político de la misma), aspectos de la oralidad (o mejor, neo-oralidad), mimesis frente a creación, música y danza (en p. 7 la referencia debe ser al *Himno hom. a Hermes*), así como el problema de los dialectos literarios (en apéndice al volumen, como también en la segunda edición, se recoge además un cumplido resumen —perfectamente actualizado en su bibliografía— de las particularidades gramaticales de los poetas lesbios y de la problemática entre grafía-fonética en Alcmán, cf. pp. 387-405). Hay, sin embargo, tres temas insertados a mitad de capítulo, no en los preliminares de la obra, pues su lectura se antoja contextualizada para un mayor acierto: la poesía en el marco simposiaco (pp. 62-64), el género del epinicio (p. 273) y el tema del deporte (pp. 358-363) son tratados de un modo genérico; si bien un tanto desigual en lo tocante al epinicio —aunque, como se verá, en las presentaciones y notas correspondientes a los poemas comentados queda sobradamente salvada la parquedad informativa inicial—. Esta nueva edición incorpora, además, unas páginas introductorias a cada uno de los cuatro grandes bloques de subgéneros en que tradicionalmente se dividía la antología, a saber, elegía (pp. 14-16), yambo (pp. 78-79), monodia (p. 120) y lírica coral (pp. 232-237). Cada autor de los encuadrados *grosso modo* en los diferentes bloques se abre ahora con una introducción *ad hoc* (incluyendo en ocasiones breves y actuales referencias bibliográficas), una línea cronológica y un mapa detallando los lugares con los que se relacionó a lo largo de su vida. Esta tercera edición incluye a

tres nuevos poetas: varios fragmentos de Jénofanes (pp. 65-75, algunos de ellos no recogidos en los *IEG* de West y sí en la ed. teubneriana de Gentili-Prato, cf. fr. 13, 15, 20, 23, 26-29, 31 y 35), dos de Estesícoro (pp. 251-258, a saber, los vv. 22-34 Page del fr. IV del *POxy.* 2617, col. ii = fr. S15, vv. 5-17 Davies y los tres versos de la «Palinodia», fr. 192 Page-Davies) y los siete versos del epinicio de Eurípides a Alcibiades (pp. 364-366).

Gentili-Catenacci incorporan ahora nuevos e importantísimos textos que desde los últimos decenios hacían perentorio un *aggiornamento* de esta antología: los más destacables son, sin duda, junto al Arquíloco y Safo de Colonia, el nuevo Simónides oxirrinquita. En cuanto al epodo de Colonia arquiloqueo nos parece destacable y muy acertada la conjetura adoptada en el v. 17, εὔτ' ἄν μελανθη[ι σοι κόμη, que los autores proponían en *QUCC* N.S. 81/3, 2005, p. 12 basándose en Arist., *Col.* 797b-c. Safo, por su parte, ha recibido un nuevo tratamiento (incluso algún poema ha cambiado el título, como el fr. 31 L.P., de «Gelosia e amore» a «Tormento d'amore»), y se han suprimido los fr. 81b, 104, 105c, 137 L.P. Con la publicación de diferentes estudios a partir de la edición príncipe de los *P. Colon.* 21351 y 21376 por M. Gronewald y R.W. Daniel en *ZPE* 147, 2004, pp. 1-8 y 149, 2004, pp. 1-4 se ha podido establecer con seguridad que el fr. 58 V. ha de quedar dividido en cuatro partes independientes. Creemos, con G. Tedeschi y otros, que los dos versos iniciales del nuevo fr. 58c podrían muy bien completarse con las propuestas de Di Benedetto (*ZPE* 153, 2005, p. 18) ὕμνιν φίλα Μοῖσαν y πρέπει δὲ λάβην, preferibles a la reseñada por Gentili-Catenacci *ad loc.*, y nos parece más probable una forma verbal, ya sea ésta ἐπέλαβε, διώλεσε, αἰκίσσατο o κατέσχεθε para completar el inicio del v. 4 (incluso cabría tener bastante en consideración la propuesta κλύσδει, νιφόμεσσαι δ' ἐγ]έροντο de E. D. Floyd para el inicio del verso, no δ' ἐγένοντο según Gentili-Catenacci). Tampoco se pronuncian los editores por el δέπας (o δίφρον, según Magnani) en el controvertido v. 10.

Sobre Simónides cabe decir que se ha ampliado notablemente su presencia en esta tercera edición y, además, los autores han actualizado la bibliografía para la hermenéutica de fragmentos capitales como son el «Encomio a Escopas», el fr. 541 *PMG* o el lamento de Dánae (en p. 287 deberá corregirse ζῆλος). Se añaden ahora los fr. 507, 515, 520, 531, 579, 581 *PMG* y los dos fragmentos más importantes de la «Elegía por los caídos en Platea», a saber, los *POxy.* 2327 y 3965 (el último combina con Plu. *De Herod. mal.* 872d), conocidos como fr. 11, vv. 5-45 *W*<sup>2</sup> y 15+16 *W*<sup>2</sup> = 3b y 3f Gent.-Pr.). En este sentido habría valido la pena incluir en la bibliografía la detallada discusión y puesta al día de F. García Romero, «El nuevo Simónides una década después», *EClás* 125, 2004, pp. 17-44. La edición de estos fragmentos elegíacos es más austera en sus integraciones que la de West (p. ej. *ad* vv. 7, 29, etc.) aunque señalaremos aquí como notables la adopción en el v. 10 φέρτατοι ἥρωων de Parsons, la del v. 13 τὴν αὐδὴν] θείην (en lugar de πᾶσαν ἀλη]θείην), y φάτις δ' ἦ] v de Rutherford. Se habría podido acoger el suplemento de Lobel y Parsons, como hace West, en v. 25, κα[ῖ Σπάρτη]ς perfectamente contextualizado con la palabra anterior, Εὐ]ρώταν. También preferimos, en el v. 36, la integración ἴκον Ἐλευσίνο

γῆς al πάντες Ἐλευσίνοσ γῆς, pues la primera vendría apoyada claramente por Hdt. IX 19.2 (καὶ ἀπικνέονται ἐς Ἐλευσίνα).

El capítulo dedicado a Íbico incorpora el «Encomio de Policrates» (282 PMG = 151 Davies, donde se habría podido incluir el polémico final del v. 24 λόγω[τ] y el θνατ[ὸ]ς al inicio del v. 25 *inter cruces*, tal como hacen F. De Martino y O. Vox, *Lirica greca* I, Bari, 1996, p. 299). En cuanto a los maestros del epinicio, Gentili-Catenacci, con excelente acierto, han escogido la Pítica 3.<sup>a</sup> de Píndaro y el Epinicio 3.<sup>o</sup> de Baquilides, ambos dedicados a Hierón de Siracusa: la elección permite ver con toda claridad diferentes formas de entender el arte por parte de ambos poetas. Si en la segunda edición de *Polinnia* se proponía el comentario de la Olímpica XIV, en esta tercera se propone la Olímpica XII, una «perla de puro esplendor» al decir de Wilamowitz, abordando con gran cantidad de notas y todo lujo de detalles diferentes aspectos histórico-interpretativos (compuesta en ocasión de una victoria en el estadio de Delfos, se puede demostrar una doble *performance* de la misma, a la vuelta de Ergóteles a Hímera). También se añaden ahora los fr. 33c-d Sn.-M. (a Delos), 43 M. («la norma del pulpo») y 127 M. (sobre ἔρωσ y καιρός). De Baquilides se mantiene el Epinicio 6.<sup>o</sup> con respecto a la segunda edición (con algunas adiciones, p. ej. *ad vv.* 5, 6, 14 y 16).

Esta nueva edición de Polinnia incluye, al final, algunos pasajes traducidos por Gentili (pp. 368-386). Tratándose de una antología, obviamente, hay que escoger unas piezas en detrimento de otras. A nosotros nos habría gustado, por ejemplo, incluir la «Elegía a las Musas» de Solón, ampliar el repertorio teognídeo, incluir algo de Semónides o Ananio entre los representantes del yambo, Terpandro y el «Partenio del Louvre» en la mélica, tal vez hasta algunos *adespota* o *convivalia* (p. ej. el *adesp. eleg.* 27 W.=12 Gent.-Pr.). Como sea, esta nueva edición, mucho más completa que las anteriores, le confiere de nuevo el rango de obra de referencia —y no sólo para iniciarse en el estudio de la lírica sino para tener a mano una gran cantidad de datos particulares, incluso tocantes a la pervivencia de la misma en las letras universales— habiendo cumplido sobradamente con sus objetivos. Con un formato de libro un poco mayor que la anterior e impresa a doble tinta, su uso (por la facilidad a referencias internas de pasajes aludidos) resulta muy cómodo para cualquier lector que quiera manejar el libro con asiduidad.

RAMÓN TORNÉ TEIXIDÓ  
Universitat Oberta de Catalunya

LELLI, EMANUELE, *Volpe leone: Il proverbio nella poesia greca (Alceo, Cratino, Callimaco)*, Roma, Edizioni dell' Ateneo, 2006, 193 pp.

Bello e instructivo pequeño volumen este, que se ocupa del proverbio en la poesía griega, poniendo en primer plano los de tipo tradicional y animalístico sobre el tema

de la zorra y el león (pero no sólo), en Alceo, Cratino y Calímaco, también en autores como Homero, Hesíodo, Arquíloco, Aristófanes, etc.

El proverbio es, en efecto, importante en la sabiduría tradicional, que da sentencias en torno a la conducta humana y modélica de estos animales o bien de tipo general. Otras veces se trata de pasajes de los propios poetas, repetidos luego como paradigmas de la conducta humana. El tema de la zorra y el león destaca por la universalidad de los valores o, a veces, de un contravalor que ponen al descubierto. Otras veces, sin embargo, se trata de pasajes de nuestros autores. También hay proverbios de sentido dudoso, que son estudiados con propuesta de soluciones.

Por la densidad, proporcionalmente, de los proverbios que incluye, está en primer término Alceo. Y, dentro de él, los proverbios que corresponden al modelo del león y de la zorra. Reflejan dos conductas típicas y tópicas, es algo que pasa a toda la literatura posterior. Tiene que ver, claro está, con el uso tradicional.

En el mismo Alceo estos proverbios van acompañados de muchos otros: los relativos al banquete y al vino (ἐν οἴνῳ ἀλάθεια, οἶνος δίπτυρον), la πόρνα, los temas de conducta y los políticos (κίνει πάντα λίθον, τῷ παρεόντι τρέχῃν ἀνάγκη, etc.), los de la guerra, el mar y la navegación, los relativos a diversos animales y cosas de la vida cotidiana. A veces se aplican a momentos de la vida de Alceo, como la lucha con Pítaco o el exilio. Otros dan definiciones tópicas sobre diferentes pueblos (los cretenses, etc.)

Más o menos diferentes son las sentencias, como aquellas famosas χρήματ' ἄνηρ ο πόλιος γὰρ τεῖχος ἄνδρες ἀρεῖοι. Todo se cierra tras el apartado «La poesía proverbial de Alceo». Los proverbios sobre los héroes están prácticamente ausentes.

Rasgos especiales aparecen, a veces, en los proverbios usados por Cratino, muy numerosos. En ellos destaca el cómico animal y temas fabulísticos como ὄνος λύρας o los que buscan una retorsión cómica. Otros se refieren a la vida cotidiana: al vino καπνίας, al agua, a los diversos países y pueblos, a artistas, músicos y poetas, etc. Es, en todo caso, importante la *retorsio comica*.

Calímaco es el tercero de los autores especialmente estudiados: el proverbio a veces tiene carácter literario. Se estudian sucesivamente en los distintos poemas de Calímaco. En los *Himnos* y *Hécale*, con influjo hesiódico a veces y con referencias literarias (τράγον ἀμέλγεις, τὴν σαυτοῦ ἔλα). Se añaden estudios interpretativos. En los *Epigramas* y en los *Yambos* se encuentra más material, a veces difícil de interpretar. A veces se trata de alusiones intrincadas, difíciles.

El proverbio, pues, como otros géneros tradicionales, tal la fábula, sirve para insistir en una concepción también tradicional del hombre y de la sociedad. Y para, a partir de ella o contradiciéndola, crear otra nueva. Los proverbios, tradicionales o innovados, en todo caso, dan interpretaciones, tradicionales o no, del hombre, de la sociedad humana y de la vida de los poetas.

El libro nos presta un favor al insistir en todo esto, entre otros elementos tradicionales en los que otros hemos insistido y que a veces anuncian nuevos modos de pensar.

FRANCISCO R. ADRADOS



CAMPOS DAROCA, FRANCISCO JAVIER, GARCÍA GONZÁLEZ, FRANCISCO JAVIER, LÓPEZ CRUCES, JUAN LUIS Y ROMERO MARISCAL, LUCÍA P., *Las personas de Eurípides*. Amsterdam, Adolf M. Hakkert, 2007, XXII + 350 pp.

En el marco del Proyecto de Investigación «*Argumenta dramatica*. El teatro como argumento retórico y filosófico en la Antigüedad», que se desarrolló entre 2002 y 2005 en la Universidad de Almería, ve la luz en la prestigiosa editorial holandesa Hakkert, y dentro de la colección «Classical and Byzantine Monographs» dirigida por Giuseppe Giangrande y Heather White, un libro colectivo, coordinado por profesores de dicha Universidad, deudores todos ellos del magisterio del llorado Jesús Lens Tuero en las aulas universitarias granadinas. Comienza el libro con un prólogo, numerado en cifras romanas, de Javier Campos Daroca, presidido por un hermoso verso de Wallace Stevens, «Authors are actors, books are theaters», que identifica ya los presupuestos metodológicos de donde van a partir los autores del tomo: Eurípides, como todos los hombres, albergó en su interior muchas personas diferentes, y es esa variedad de registros psicológicos, esa «multiplicidad personal» lo que se explora aquí. Veinticinco siglos después, el poeta portugués Fernando Pessoa haría explícita su íntima diversidad ante sus lectores repartiendo su producción poética entre varios heterónimos (Álvaro de Campos, Alberto Caeiro, Ricardo Reis...). Se diría que el Eurípides que firma *Electra* o *Medea* no es el mismo que compone *Helena* o *Ifigenia en Táuride*, y que este último no es el autor del *Cíclope*, porque son muchas las máscaras que exhibe cada creador, pero también podríamos decir lo mismo de Shakespeare, que fue capaz de redactar turbadoras tragedias como *Titus Andronicus* o *Macbeth* junto a joviales y festivas comedias como *The Merry Wives of Windsor* o *A Midsummer Night's Dream*.

El caso es que Campos Daroca y sus compañeros se aplican con fervor a la tarea de desmenuzar las numerosas personalidades eurípideas, obrando desde dos perspectivas complementarias: (1) el análisis de algunas de las personas que confluyeron en el tragediógrafo, y (2) el estudio y traducción de las *Vitae Euripidis* que nos legó la Antigüedad. Juan Luis López Cruces, para empezar, se encarga del Eurípides músico, centrándose en la tragedia *Antiope*, conservada fragmentariamente, y en la reescritura de los mitos musicales. Le siguen Lucía P. Romero Mariscal, quien se hace cargo del Eurípides crítico social, y el profesor venezolano Mariano Nava Contreras, que aborda el tema de la ley en el pensamiento del dramaturgo, mientras que las helenistas portuguesas Carmen Isabel Leal Soares y María de Fátima Sousa Silva (ambas de la Universidad de Coimbra) nos hablan, respectivamente, del Eurípides reportero de guerra y del Eurípides misógino. Clausura esa primera parte, dedicada a las «personas» eurípideas, el italiano Lorenzo Miletto (de la Universidad Federico II de Nápoles), con un trabajo muy interesante sobre el Eurípides φυσιολόγος, influido por la filosofía de Anaxágoras.

Inicia la segunda y última parte, centrada en los aspectos biográficos del autor de *Hipólito*, un estudio del Prof. Campos Daroca titulado “Vida y *Vidas* de Eurípides”.

Viene después una esmerada y pulcra traducción española de las *Vidas* de Eurípides (no falta, por supuesto, la *Vita Euripidis* de Sátiro contenida en *POxy.* 1176), a cargo del propio Campos Daroca en colaboración con Lucía Romero Mariscal y Javier García González. Clausuran el volumen una amplia y bien escogida bibliografía y unos utilísimos índices (de pasajes, onomástico y de autores modernos) que nos ayudan a discurrir con facilidad y provecho por las páginas del libro. *Las personas de Eurípides* constituye, sin duda, una excelente y novedosa introducción a los distintos rostros del más controvertido y actual de los trágicos griegos.

LUIS ALBERTO DE CUENCA  
CSIC

QUESTA, CESARE – *La metrica di Plauto e di Terenzio. Ludus Philologiae* 16, Urbino, Edizioni Quattro Venti, 2007, 550 pp.

Se aborda de nuevo en este libro uno de los capítulos más espinosos de la filología latina, el de la métrica de Plauto y de Terencio. Se aborda de nuevo en el ámbito de una larga tradición de editores, metricólogos y estudiosos de la comedia romana y se aborda de nuevo por el propio autor, que ha venido dedicando una buena parte de su fecunda investigación tanto al estudio del texto, sobre todo de Plauto, como al de su métrica, aspectos ambos por otro lado difícilmente separables.

En estos movedizos terrenos se desenvuelve Cesare Questa con toda la firmeza que le otorga el contacto directo con los metros verso a verso, el conocimiento de la tradición manuscrita y el seguimiento de cuanto se ha dicho en ambos sentidos por sus predecesores. Pero, no sólo eso; en un camino de vuelta, cómo se han leído, cómo se han corregido, cómo se han escandido estos textos anteriormente es analizado de forma crítica por el autor a la luz de aquel conocimiento profundo del texto y de su métrica. El resultado es un libro actualizado, que se apoya en las aportaciones más recientes sobre el tema, propias y de otros especialistas, entre ellos Bettini, Raffaelli o Boldrini, así como un libro honesto, en cuanto que se propone avanzar y avanza en el esclarecimiento de los problemas pero no los da por solucionados cuando ello no resulta así. No en vano abre el libro la cita de Lindsay «in studying these niceties of early Latin speech one must remember the virtue *aliqua nescire* and take the facts as he finds them, without trying to give reasons of everything».

El libro, en efecto, es un libro de hechos. En este sentido, en cada una de sus dos partes, cualquiera de los aspectos tratados es siempre ilustrado por un nutrido número de versos. Estos versos, además, se ven complementados por otros cuyo funcionamiento prosódico o métrico no se ajusta a lo descrito, lo que, llegado el caso, lleva al autor a plantear la autenticidad de la tradición manuscrita o la oportunidad de una determinada lectura por parte de los editores. Resalto en este sentido el útil *Indice*

*degli autori citati*, en realidad, un índice de versos o pasajes que por una u otra razón son analizados en la obra. Una idea del montante de versos estudiados pueden proporcionarla, sin ir más lejos, los versos de *Amphitruo* recogidos en el *Indice*, montante que se eleva a cerca de doscientos.

Como acabo de avanzar, *La metrica di Plauto e di Terencio* está estructurada en dos partes, una propiamente de métrica y otra complementaria de prosodia, que en este caso no se limita a una mera introducción; de hecho, la prosodia ocupa dos quintas partes de la extensión total del libro.

En lo que se refiere a la prosodia, se puede pensar que es natural que un tratado de métrica y en especial un tratado de métrica de Plauto y de Terencio, vaya precedido por un tratado de prosodia e incluso por uno amplio y minucioso. Éste lo es y el lector puede consultarlo en la certeza de que va a encontrar registrados cuantos problemas prosódicos puedan presentar estos textos y, aunque, sin estadísticas ni «tablelle riassuntive», una valoración de su verdadero alcance en uno y otro autor. Invito, en este sentido, a consultar el registro de las variantes morfológicas en las que está involucrada la cantidad y, en especial, casos como el gen., loc. o nom. plu. de los nombres en *-ius*, la flexión de *res* o la muy problemática de los pronombres de todo tipo. A mi modo de ver, los datos ofrecidos y la valoración de su alcance pueden ser aceptados con garantía en cuanto que extraídos de un texto cuyo funcionamiento métrico se conoce perfectamente.

En esta línea, creo oportuno hacer dos observaciones de distinta índole. El autor cuenta con el conocimiento de la terminología y del funcionamiento de los metros por parte de todos los lectores, lo que en el caso de algunos interesados en la información ofrecida en esta primera parte puede implicar no llegar a comprender demasiado bien los argumentos esgrimidos. Por otro lado, el autor se enfrenta a la prosodia como una de las caras del nivel fonológico (y, por tanto, a la vertiente lingüística de ésta) sólo con mucha cautela. Esta visión de la prosodia desde lo que podríamos llamar una perspectiva tradicional es perfectamente legítima si con los datos por delante no se pudiera dar cuenta de los hechos desde una perspectiva lingüística. En este orden de cosas, me parece aceptable la postura de Questa en relación con la cantidad de la primera sílaba de *ecquis* y, en general, con el problema de la llamada «abreviación en enclisis»: «pare evidente che la questione vada nuovamente affrontata in sede glottologica, tenendo conto dei dati che ci fornisce la tradizione plautina, in una con tutta la problematica dell'abbreviamento d'enclisi» (p. 170-171, n. 5). No es, en cambio, exactamente ésta su postura en la difícil cuestión de la *correptio iambica*. Tratada en un amplio capítulo, la recopilación de datos conduce a un «sguardo d'assieme» muy útil y esta visión de conjunto compromete, a su vez, al autor a buscar una explicación que sustente los hechos. En este caso, en cambio, el autor se decanta más bien por la explicación métrica que por la propiamente lingüística, que también es contemplada. En todo caso, una respuesta más afinada vendrá del examen detallado de la poesía de Terencio, cosa que, según Questa, ocurrirá cuando dispongamos de una edición fiable.

La parte de métrica comienza con una acertada *Premessa* en la que se establece la idea que va a informar su desarrollo: que la métrica de los versos escénicos latinos no responde a los mismos condicionamientos que la de los griegos y que el funcionamiento de los versos latinos, aunque en algunos aspectos esté sometido a menos restricciones, en otros obedece a una serie de condicionamientos que justamente frenan esa aparente libertad. El tratado de métrica, consecuentemente, comienza con un análisis de estos condicionamientos según el grado en que se imponen al poeta (*Costanti di primo grado, Costanti di secondo grado*).

También en este caso se van exponiendo y ejemplificando minuciosamente las leyes de funcionamiento de estos versos en su formulación tradicional pero como punto de partida para una formulación más simple y más unitaria y global de los hechos. Así, por ejemplo, para las normas de Ritschl y de Hermann-Lachmann y así también, aunque de manera menos decidida, en la visión de las licencias a estas normas y, a su vez, de las restricciones a estas licencias. Ello, además, da como resultado la vinculación de versos distintos como los yambo-trocaicos y los anapésticos.

La misma línea expositiva parece presidir el capítulo siguiente (*Costanti di secondo grado*) pero para «las libertades de Jacobsohn» se reconoce que no hay explicación y en cuanto a la «norma del elemento delante de pausa», tan interesante en lo que se refiere a las circunstancias de aparición de lo que en realidad es una opción del poeta y al diferente comportamiento de Terencio, el autor sólo aventura una explicación, en este caso relacionada con la ejecución de los versos.

En cambio, en lo que respecta a la «norma del monosílabo y del bisílabo final», los datos sí permiten la comparación y explicación del diferente comportamiento de cada poeta con más facilidad: una diferente técnica versificatoria que en el caso de Terencio ya no busca hacer coincidir unidades métricas con unidades sintácticas pero que no por ello da lugar a ambigüedades rítmicas.

El resto de la obra se ocupa uno a uno de los diferentes versos utilizados por Plauto y Terencio. Se da cuenta en cada caso del alcance de su uso en cada poeta y de las normas específicas que lo condicionan demostrando, tal como el autor se había propuesto en la declaración de principio de la *Premessa*, que la libertad en el uso de estos versos es sólo aparente. Los especiales condicionamientos en el caso de los versos yámbicos y trocaicos y su preponderancia en las comedias de Plauto y Terencio obligan a un tratamiento especial de estos versos, igual en extensión al del resto. De nuevo se busca la clave que explique unitariamente hechos aparentemente contradictorios como las normas de Bentley-Luchs o Meyer, clave que para el autor es puramente rítmico-cuantitativa.

Estamos, pues, no ante un simple manual sino ante un verdadero tratado en el que, por un lado, el autor da cuenta de los hechos con detalle y, por otro, se sitúa críticamente ante una larga, compleja y difícil tradición de estudios sobre este tema. En efecto, la consideración de la doctrina precedente, en especial la de los grandes editores y metricólogos alemanes del s. XIX, que el autor conoce a la perfección, es aquí una constante, el tributo a sus méritos y la valoración crítica de sus aportacio-

nes, también. En esa tradición se inserta de pleno derecho *La metrica di Plauto e di Terenzio* por su esfuerzo en seguir dando luz sobre un tema en el que, en palabras del propio autor, aún no hemos conseguido alcanzar a unas Camenas «sorridenti del sorriso invincibili e beffardo di chi sa d'essere inattingibile».

MARINA DEL CASTILLO HERRERA  
Universidad de Granada

PRETAGOSTINI, ROBERTO, *Ricerche sulla poesia alessandrina II. Forme allusive e contenuti nuovi*, Quaderni dei Seminari Romani di Cultura Greca, 11, Roma, Edizioni Quasar, 2007, XII + 236 pp.

Todos los filólogos clásicos hemos de lamentar profundamente la prematura muerte del profesor Pretagostini a finales de 2006, porque con ella, tan de repente, se ha malogrado uno de los más brillantes exponentes del riquísimo y siempre activo filón de la filología clásica italiana. En sus más de treinta años de producción científica P. ha mostrado una constante, concienzuda y meritoria dedicación al campo de la poesía helenística y esta edición póstuma que ahora reseñamos del segundo volumen de sus *Ricerche* (recuérdese que el primero, consagrado al estudio de Teócrito, Calímaco y Sótades, apareció en el ya lejano año de 1984) es una prueba más, desgraciadamente la última, de su incontestable magisterio. *Ricerche II* reúne una veintena de trabajos que fueron mayoritariamente publicados en diferentes medios entre los años 1990 y 2003, si bien también incluye uno de fecha anterior, aparecido en 1984. Su compilación ahora para la conocida serie *Quaderni dei Seminari Romani di Cultura Greca* permite al lector, de un lado, vislumbrar mejor el gran rigor y coherencia de sus líneas de investigación y, de otro, cotejar con mayor comodidad —y convenientemente revisadas y actualizadas allí donde ha sido necesario— propuestas y conclusiones antes dispersas. En nuestra reseña seguiremos los mismos bloques temáticos en que han sido agrupados los trabajos en el libro.

Las cuatro contribuciones reunidas en el primer apartado (pp. 1-40) versan sobre Calímaco, aunque la primera de ellas («Omero, la poesía épica e i poeti del primo Ellenismo») sirve adecuadamente a modo de prólogo, ya que en ella P. analiza la presencia de Homero y la poesía cíclica en el discurso metaliterario de Calímaco comparándolo con el de los otros dos grandes poetas del primer Helenismo, Teócrito y Apolonio. También es destacable su agudo análisis intertextual del fr. 2 Pf. de los *Aitia* de Calímaco (el célebre proemio del sueño) y de los vv. 22-34 del prólogo de la *Teogonía* por establecer, por encima de las obvias coincidencias textuales, dos diferencias notables: 1) la transferencia del plano de la realidad (Hesíodo) al onírico (Calímaco) para dar más verosimilitud a la escena del encuentro; 2) la mayor independencia de Calímaco como poeta en su relación con las Musas. Nuevamente las

especificidades del discurso metapoético calimaqueo en los *Aitia* (fr. 1. 17-20 Pf., en este caso) son puestas de relieve por P. en otro de los trabajos: con la expresión proverbial «tronar es de Zeus» Calímaco alude negativamente a la poesía altisonante; sin embargo, el oportuno cotejo con Plutarco (*Mor.* 540B-D) demuestra que esta expresión normalmente se utilizaba en sentido positivo para aludir a la poesía suprema. Tampoco falta aquí un capítulo especialmente frecuentado por P. en su quehacer filológico: las relaciones entre los planos de la actualidad (el rito, sea éste ficticio o real) y del mito (en lo que atañe a la selección de raras variantes), que son con minuciosidad estudiadas en los Himnos llamados «dramáticos» de Calímaco (II, V y VI).

El segundo apartado (pp. 41-111), el más nutrido, reúne seis trabajos y está dedicado a Teócrito, sin duda el poeta que ha sido una de las referencias más constantes en la bibliografía de P. Estudia aquí, en primer término, las incursiones bucólicas en la poesía «no bucólica» del siracusano, teniendo el acierto de ver con ello, frente a corsés y etiquetas reductoras e innecesarias, la producción teocritea como un todo (me parece especialmente logrado su análisis de las descripciones de fuentes incluidas en Theoc. XIII y XXII). Más controvertido resulta, no obstante, su rastreo en las partes presuntamente cantadas de algunos idilios (en concreto, P. analiza las canciones incluidas en Theoc. I, V y VI) de las huellas de la poesía oral que, de acuerdo con la vieja tesis de Ziegler, todavía en el siglo III a. C. se venía ejecutando al modo tradicional y con profusión, dado que es sencillamente casi imposible recuperar este repertorio tradicional a partir de unas obras de autor literariamente tan elaboradas. También explora esa típica «ripresa» teocritea de la poesía arcaica y tardoarcaica (en su vertiente erótica) el trabajo sobre Theoc. XXIX-XXX. Observa P. en estos idilios la relación entre lengua y metro como fruto de una elección muy meditada y propia de un poeta-filólogo: Theoc. 29, un παιδικόν, respondería así, con el fósil métrico del pentámetro, a una acusada «pose arcaizante»; Theoc. XXX (y con él también Theoc. XXVIII) estaría más en consonancia con la estiquización de versos líricos operada, probablemente a gran escala, en el Helenismo y, por tanto, respiraría una sensibilidad más moderna y helenística. Completan este bloque teocriteo otros trabajos sobre Theoc. V (un sugerente análisis de la rivalidad entre Comatas y Lacón desde los presupuestos de una *paideia* sexual), Theoc. XIV (se analiza el breve encomio de Tolomeo II Filadelfo incluido en los vv. 59-65 confirmándose las premisas teóricas expuestas por Rossi en 1995 sobre la relación filología-literatura en época helenística) y Theoc. XXIV (P. estudia aquí la relevancia estructural del catálogo de los maestros de Heracles como elemento de cohesión entre las partes épica e himnica del idilio).

«Fra Callimaco e Teocrito» (pp. 113-134) conforma el tercer apartado y está constituido por dos artículos. El primero aborda el siempre espinoso problema de la cronología relativa entre ambos poetas: P. retoma el análisis comparativo ya establecido por Perrotta entre algunos pasajes del Himno IV «A Delos» de Calímaco (nacimiento de Apolo) y Theoc. XVII (nacimiento de Tolomeo II) para establecer

la precedencia de Teócrito, sobre la aguda observación de que, en el ambiente de la corte de Alejandría, el siracusano no se hubiera atrevido a celebrar al monarca como mortal si con anterioridad Calímaco lo hubiera ya celebrado como un dios en su himno. Por otra parte, no podemos dejar de compartir los muy juiciosos razonamientos expuestos por P. en su estudio de la curiosa síntesis entre poesía y filología operada en el período helenístico: en efecto, la creatividad del poeta helenístico no se entiende sin el punto de partida del filólogo, que escruta críticamente la literatura del pasado, ahora por vez primera accesible en su conjunto en la Biblioteca de Alejandría, pero tampoco sin ese continuo situarse frente a esa misma tradición literaria para, desde la confrontación, reproducirla y renovarla de acuerdo con el nuevo clima cultural.

Sótades vuelve a ser objeto de atención, como ya lo fuera en *Ricerche I*, con dos trabajos (pp. 135-147), en los cuales P. demuestra su gran devoción para con los escasos versos conservados del poeta de Maronea. En el primero se profundiza en la relación del intelectual con el poder instituido a través del análisis del doble sentido, sexual y político, de la metáfora del κέντρον (fr. 1 Powell), tras de lo cual aprecia P. un fino ejemplo de *parresía* y una velada crítica contra la incestuosa boda de Tolomeo II con su hermana Arsínoe II. El segundo es una útil aproximación tanto a los poemas auténticos de Sótades como a los espurios, los denominados *Sotadea*, transmitidos en Estobeo: P. sugiere aquí con la lógica cautela que una explicación convincente para la atribución de estos *Sotadea* de época imperial al maronita, más allá de las coincidencias en el metro empleado, puede venir dada por la cercanía, en su ascendencia cínica y tono moralizante contra la monarquía, con la invectiva expresada por el propio Sótades en el fr. 1 Powell contra Tolomeo II.

El quinto bloque (pp. 149-202) reúne cinco trabajos dedicados a poetas de la Antología Palatina. Las numerosas intersecciones y fusiones de dos filones temáticos particularmente significativos de los libros V y XII, el juramento de amor roto y el *paraklausithyron*, son sistemáticamente escrutadas tratando de reconstruir en lo posible su progresión temporal. En la presencia y tratamiento de motivos señeros de la poesía erótica arcaica en la Antología se centran las dos siguientes contribuciones: por un lado, Anacreonte y sus célebres metáforas de Eros jugando a las tabas (fr. 111 Gentili) y a la pelota (fr. 13 Gentili) son analizadas en Asclepiades (*AP* XII 46) y Meleagro (*AP* V 214; XII 47), éste último a través de la mediación del libro III de las *Argonáuticas* de Apolonio; por otro, las alegorías ecuestres de Anacreonte (fr. 78 Gentili) y del *Corpus Theognideum* (vv. 257-260, 1249-1252), de sentido erótico, sirven para clarificar un notorio ejemplo de *oppositio in imitando* en Asclepiades (*AP* V 203). De acuerdo con una propuesta anterior de Lefkowitz, interpreta P. de modo convincente la difícil expresión Σαπφώους ἐξ ὁάρων ὁάρους («continuí conversari d'amore fra fanciulle quali quelli che avvenivano all'interno del tiaso saffico», p. 193) en un epigrama sepulcral del nuevo Posidipo dedicado a la joven Nicómaca (ep. 55, 2 Austin-Bastianini). El último trabajo en este apartado disecciona el extraño contexto simpótico descrito en el epigrama de Hédilo sobre la joven Aglaonice y sus peculiares exvotos a Cipris (*AP* V 199).

El libro reproduce, en apéndice (pp. 203-210), la contribución de P. a la jornada de estudio celebrada en 2003 en memoria del profesor Gregorio Serrao como estudioso de la poesía helenística. Una bibliografía (pp. 211-226), seguida del título y sede originaria de publicación de los trabajos reunidos (pp. 227 s.), un breve (y algo apresurado) índice analítico (pp. 229-230) y un índice (a nuestro parecer, muy omisivo) de lugares discutidos (pp. 231-234) completan la obra.

En definitiva, la relectura de todos estos trabajos ya conocidos ofrece una nueva oportunidad de acercarnos a la fecunda obra de este gran experto de la poesía helenística. Unidad de concepto (visible a pesar de la aparente heterogeneidad y natural atomización del material presentado) y rigor de método han sido siempre las consignas del quehacer filológico de P. y tanto los análisis particulares y minuciosos de pasajes concretos aquí reunidos como aquellos otros estudios de más amplio respiro que desgranar y sintetizan los principales rasgos de la literatura del período dan, una vez más, buena muestra de todo ello. Su muerte, en plena madurez creadora, sin duda ha sido una pérdida irreparable para todos.

JOSÉ GUILLERMO MONTES CALA  
Universidad de Cádiz

BELLANDI, FRANCO, *Lepos e pathos. Studi su Catullo*, Bologna, Pàtron Editore, 2007, 502 pp.

La monografía de B. incluye un ramillete de trabajos viejos y nuevos a lo largo de unas 500 páginas, doctas (¡945 notas a pie de página!) y muy elaboradas (p. e., el estudio del c. 51 en pp. 223-253 constituye todo un completo comentario filológico).

El capítulo I («Poesía e scrittura») trata sobre la circulación de los poemas catulianos en diferentes soportes físicos: *tabellae* (c. 50), *codicilli* (c. 42), *palimpsestus* (c. 22), *libelli* (c. 1 y 14) y *libri* (c. 22).

En el capítulo II («*Ethos e pathos*») insiste el autor en la diferencia existente entre la poesía del *ethos* de estilo calimaqueo (*ars, breuitas, lepos, lusus*) y la poética negativa o del *pathos* de estilo sáfico, como se muestra en el c. 51. El *lepos* catuliano se halla fundamentalmente en la poesía ligera y divertida, mientras que el patetismo del veronense se expresa en la poesía 51 y en sus *carmina docta* o *maiora* (61-68), aunque este mismo patetismo puede aparecer también en otras poesías «menores» como la 95 o 35.

El capítulo III («Struttura e composizione del *Liber* catulliano»), pp. 63-96) se detiene en el difícil e irresoluble problema de la edición y disposición de los poemas en la colección catuliana. El autor se muestra contrario a la teoría de que Catulo mismo fuera el que ordenara los 116 poemas de su colección. Según él, sería la obra de un editor después de la muerte del poeta. Para esta controvertida e insoluble cuestión (cf. A. Ramírez de Verger, *Catulo: Poesías*, Madrid, 2006<sup>10</sup>, p. 18) puede leerse en los



capítulos de J. Butrica («History and Transmission of the Text», pp. 13-34) y de M. B. Skinner («Authorial Arrangement of the Collection: Debate Past and present», pp. 35-53) en M. B. Skinner (ed.), *A Companion to Catullus*, Malden, Blackwell, 2007, pp. 13-34. Léase también la original propuesta de G. O. Hutchinson en «The Catullan Corpus, Greek Epigram, and the Poetry of Objects», de su libro *Talking Books. Readings in Hellenistic and Roman Books of Poetry*, Oxford University Press, 2008, 109-130 (= *CQ* 53, 2003, 206-221).

A partir del cap. IV se empieza a analizar los poemas concretos. El IV («Lettura dei carmi», pp. 97-163) se dedica a la lectura de las poesías 1 (defiende en el v. 9 la lectura *quod* <o> *patrona Virgo* en casi veinte páginas de argumentaciones filológicas; cf. Trappes-Lomax, pp. 34-36), 16, 36 y 95 (cf. *Sileno* 4, 1978, 185-198); el V («Lesbia o *l'amour-passion*», pp. 165-269) versa sobre las poesías 51 (un comentario verso a verso del poema, como he señalado al principio) y 11 (cf. *Quaderni del Dipartimento di Lingue e Letterature Neolatine di Bergamo*, 1, 1985, pp. 17-33); y el VI («Catullo e la morte», pp. 271-384) estudia los poemas 101 (cf. *MD* 51, 2003, pp. 65-134) y 96 (cf. *MD* 55, 2005, pp. 123-142).

El cuerpo del libro se cierra con dos apéndices sobre Catulo y la oratoria (pp. 385-401) y sobre los versos 9-13 del poema 10 (pp. 403-414; cf. *Orpheus* 1, 1980, pp. 448-458). El autor propone leer *nihil neque ipsis / hic praetoribus esse nec cohort i/ cur quisquam caput unctius referret* (vv. 9-11), cambiando *hic* por *nec* en el v. 10. Con esta sugerencia se rompe el paralelismo *nec ... nec*, por lo que seguimos pensando que la mejor propuesta es la de Heyworth (*PCPhS* 44, 1998, p. 88): *nihil mihi ipsi / nec quaestoribus esse nec cohorti*, aunque *ipsi* ya fue leído por Heinsius (*mihi nec ipsi*, en *Adversariorum libri IV*, Harlingae, 1742, p. 636; cf. Trappes-Lomax, p. 53) y Pleitner (en Bellandi, p. 405, n. 925).

El denso volumen se cierra con una amplia bibliografía (pp. 415-454) y tres índices de nombres, lugares y asuntos tratados (pp. 455-502), este último de una gran utilidad. En la bibliografía habría que añadir algo más, como, p. e.: a) ediciones y comentarios: A. Seva, *Catull, Poesies*, Barcelona, Bernat Metge, 1990; M. von Albrecht, *Catull, Sämtliche Gedichte*, Stuttgart, Reclam, 2001; Ana P. Vega y A. Ramírez de Verger, *C. Valerii Catulli Carmina-Catulo: Poemas*, Huelva, 2005; P. Green, *The Poems of Catullus. A bilingual edition*, Berkeley, 2005; J. C. Fernández Corte y J. A. González Iglesias, *Catulo, Poesías*, Madrid, Cátedra, 2006; J. M. Trappes-Lomax, *Catullus, A Textual Reappraisal*, Swansea, 2007; b) Estudios: M. Ruiz Sánchez, *Confectum carmine: En torno a la poesía de Catulo*, I-II, Murcia, 1996; J. Godwin, *Reading Catullus*, Exeter, 2008; J. H. Gaisser, ed., *Oxford Readings in Catullus*, Oxford, 2007; id., *Catullus*, Malden, Wiley-Blackwell, 2009.

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER - JOSÉ ANTONIO BELLIDO DÍAZ  
Universidad de Huelva

GREEN, ROGER P. H., *Latin Epics of the New Testament. Juvenicus, Sedulius, Arator*, Oxford, Oxford University Press, 2006, XX + 443 pp.

En los siglos III y IV los libros más leídos en el ámbito de cultura latina fueron la Biblia y la *Eneida* de Virgilio. Ambos, tan diferentes en esencia, de orígenes tan dispares y concebidos para fines radicalmente opuestos, dieron lugar a las reelaboraciones épicas de temas bíblicos del Nuevo Testamento que se estudian en este libro. A los ojos de los antiguos cristianos, las historias narradas en el Nuevo Testamento tenían mucho de épico, si no en la forma, sí en el contenido, y por ello no estaban tan alejadas de los temas que se encontraban en la *Eneida*. El mismo fenómeno se dio con historias del Antiguo Testamento, algunas de las cuales eran especialmente apropiadas para su reutilización en tono épico, como los libros de los Macabeos, de los que se encuentran ejemplos hasta la baja Edad Media, tanto en latín como en lenguas vernáculas.

La interacción entre géneros literarios clásicos e historias bíblicas no es un campo de estudio nuevo, pero sí desigualmente abordado. Los estudios sobre un autor cristiano determinado han dado preferencia al trasfondo teológico o histórico de sus obras, a menudo también a sus fuentes bíblicas, que suelen ser las mayoritarias por encima de las influencias de otros autores. Sin embargo, son raros los estudios consagrados al análisis de recreaciones literarias de textos bíblicos con formas clásicas desde una perspectiva más centrada en la crítica literaria que en el estudio meramente textual o de fuentes, a pesar de que estos estudios son fundamentales a la hora de valorar la continuidad literaria entre la antigüedad clásica y la incipiente cultura cristiana de los primeros siglos como precursora de la medieval. Por ello estudios de este tipo, como el que es objeto de esta reseña, aportan un material de gran interés para el conocimiento de la historia y evolución de las formas literarias cristianas en latín.

El autor centra su estudio en los que se consideran los ejemplos más representativos de la épica latina cristiana de la antigüedad tardía: el hispano Juvenco, del siglo IV, con sus *Evangeliorum Libri Quattuor*; Sedulio, que vivió en Italia en el segundo cuarto del siglo IV, con su *Carmen Paschale*, y Arator, que vivió también en Italia en el siglo VI, pero ya no en el mundo romano, sino en el ostrogodo, con su *Historia Apostolica*. Se hace un hincapié especial en el contexto cultural y social en el que se desarrollaron sus actividades literarias y, especialmente, en sus obras como ejemplo de continuidad de esquemas literarios clásicos. Como en todos los autores cristianos, también en éstos es fundamental el estudio de las fuentes y el uso que se hace de ellas; en estos casos, la fuente fundamental, como era de esperar, es la Biblia.

Pero hay un aspecto que también se trata en el libro, precisamente el que nos permite valorar con justicia el logro que supuso la creación de una épica cristiana a la luz de su influencia en épocas posteriores. En el capítulo «Reception and Influence» se estudia la repercusión de estas obras en cuatro momentos fundamentales de la literatura cristiana (en la antigüedad tardía, entre los visigodos y anglosajones, en época carolingia, y en el renacimiento), y se analiza su papel en la configuración de los géneros y modelos literarios y, en particular, en la creación de una poesía cris-

tiana latina con moldes clásicos que sobrepasó con mucho los límites temporales de la antigüedad romana.

El libro se completa con dos apéndices. El primero contiene una aproximación a una cuestión tan debatida como es la del tipo de texto bíblico que utilizó Juvenco como fuente de su poema. El segundo trata sobre el relato oficial de la presentación de la *Historia Apostolica* de Arator al papa Vigilio.

El volumen, en conclusión, supone una importante aportación al estudio de la literatura cristiana de la antigüedad tardía cuya metodología sería conveniente aplicar a otros autores cristianos estudiados hasta ahora casi exclusivamente desde su vertiente bíblica, habiéndose minusvalorado, casi olvidado completamente, el papel fundamental de su formación clásica en la concepción y redacción de sus obras.

JOSÉ MANUEL CAÑAS REÍLLO  
CSIC (ILC)

#### IV. HISTORIA, RELIGIÓN Y SOCIEDAD

BURKERT, WALTER, *Religión griega arcaica y clásica*, Madrid, Abada editores, 2007, 502 pp.

Esta es una traducción de la obra publicada en 1977 por el autor. Ahora Helena y Alberto Bernabé dan de ella una buena traducción.

Tras una Introducción dedicada al estado de la cuestión hay una parte I, Prehistoria y época minoico-micénica; II, Rito y santuario; III, Dioses; IV, Muertos, héroes y dioses ctónicos; V, Polis y Politeísmo; VI, Misterios y ascetismo; VII, Religión filosófica.

El libro desborda de información y bibliografía, sobre todo las partes de la I a la IV, con gran información sobre los paralelos e influjos orientales, la tradición minoica y micénica, todo lo relativo al rito y a los santuarios, los dioses uno a uno (excelente) y los héroes.

Quizá habría habido que subrayar y explicar más la originalidad del hecho griego: es algo nuevo y creativo, por más que sus bases sean amplias. Los grandes dioses griegos (no las pequeñas divinidades colectivas) son antropomórficos, humanos y libres.

Menos me gustan algunas partes del capítulo V, sobre todo lo relativo a las funciones sociales del culto. Sobre la crítica religiosa desde Hesíodo y la relación entre el pensamiento religioso y el nuevo pensamiento (Jenófanes, Heráclito, etc.) se dice demasiado poco. Y el capítulo «Piedad en el espejo de la lengua griega» es sumamente flojo. También lo son algunas partes del VI, «Misterios y ascetismo», en que se trata bastante superficialmente lo relativo a los misterios y el Orfismo.

Igual puede decirse del capítulo VII, «Religión filosófica». Sobre los sofistas, Platón, etc. el lector se queda bastante en ayunas. Quizá el tema habría podido quedar fuera, pero ya que se toca habría habido que profundizar más. El libro destaca más por los aspectos arqueológicos y comparativos que por los ideológicos y lingüísticos.

Luego, la erudición es abundante, pero encuentro lo de siempre: la bibliografía española, a veces importante y hasta única, es ignorada o ninguneada (Alberto Bernabé es en parte excepción, pero es el traductor). Por dar un ejemplo entre mil, mi obra «Fiesta, Comedia y Tragedia», que incide en mil puntos del libro y de la que hay traducción inglesa del año 1975, es ignorada. Esto no es científico, nosotros no lo hacemos así.

Por otra parte, el libro ha quedado, a ratos, un tanto anticuado. Los traductores, añadiendo notas, han hecho lo que han podido, pero con todo sigue siendo así.

FRANCISCO R. ADRADOS

BERMAN, DANIEL W., *Myth and Culture in Aeschylus' Seven against Thebes*, Roma, Edizioni dell' Ateneo, 2007, 209 pp.

No estamos ante un estudio literario más sobre esta tragedia: algo se dice de ello, pero no es el centro del libro. El tema es la relación de *Siete* con la sociedad contemporánea y con los monumentos arqueológicos que nos quedan o por referencia conocemos: los contemporáneos de Esquilo y los más arcaicos. El tema es: ¿qué recursos utilizó Esquilo para unir arcaísmo y mito a la actualidad, para captar la capacidad de comprensión de su público?

Evidentemente, los *Siete* trata un tema mítico, pero también ciudadano; arcaico, pero dirigido a los atenienses de después de las guerras médicas. Con un enfoque predominantemente histórico y arqueológico, el autor enfoca la posición de Esquilo y de su público. Pero se limita a algunos grandes temas que pueden, evidentemente, ampliarse.

Concretamente: estudia los blasones de los escudos de los héroes, tanto argivos como tebanos; las «siete puertas» de Tebas, en la muralla en torno a la ciudadela; el problema de la sucesión de Edipo, por el que se enfrentan los dos hermanos Etéocles y Polinices; y el tema del sorteo dentro de la práctica guerrera y en el reparto de la herencia.

El tema de los blasones es estudiado ampliamente desde Homero (escudos de Aquiles, Agamenón y Atenea) y Hesíodo (el de Ares) y luego en fecha posterior. Y es estudiado con testimonios tanto literarios como arqueológicos. Entre estos, un conocido escudo de Olimpia en que figura Tifón, igual que en *Siete* el de Hipomedonte. Se llega, paso a paso, a escudos casi contemporáneos de los hoplitas, no decorados.

Los escudos con temas figurativos suelen ser más antiguos: aparte del de Olimpia, hay un inventario ateniense de escudos ἐπίσημα, hay referencia en Heródoto I 171 a escudos de este tipo de los carios, hay otros datos. Pero como decorados que reflejan lo que piensan de sí y sus hazañas los portadores, parecen creaciones de Esquilo. En todo caso, presentan afinidades con escenas míticas de la cerámica de figuras negras.

De los escudos del mito y los de la Grecia arcaica hasta los contemporáneos de Esquilo había sin duda transiciones, puntos en los que Esquilo se apoyaba, algunos recordados sin duda por los más viejos de los espectadores.

Y es antiguo el mito de la Tebas de siete puertas, sin duda imaginada a partir de la Tebas egipcia de cien puertas. Y en parte era real, pero sólo en parte: la arqueología no reconstruye para la época de Esquilo una ciudad tal. Pero sí son arcaicas algunas de las puertas de Tebas.

Esa fluctuación entre lo antiguo y lo moderno se da también en otros campos. Es muy dudoso el tema de la herencia, que se repartía en Grecia ya según el principio de la primogenitura, ya entre los hermanos, a veces interviniendo el sorteo. No sabemos por qué el reino fue de Etéocles, no de Polinices: en Estesícoro Yocasta proponía un reparto, de un lado la ciudad y el reino, de otro los tesoros. No fue así la cosa.

El caso es que el tema del sorteo entre los guerreros para varias misiones es antiguo en Grecia, y se da en los *Siete* entre los argivos para elegir los campeones frente a las siete puertas. Pero no para la herencia, que sepamos.

Y, sin embargo, el tema de la herencia, de las rivalidades en torno a ella, del oráculo, todo esto tenía precedentes ya arcaicos ya aquí o allá en Grecia. No resultaba extraño a los espectadores. Y Esquilo extrajo de él una conclusión eminentemente trágica: el reparto igual entre los dos hermanos consistió en la doble muerte de los mismos.

Entre el mito y el arcaísmo, de los que quedaban en Grecia huellas, se movía Esquilo. Uniendo de algún modo todo ello, Esquilo llegaba a su público y su público a Esquilo. Añadía el ideal ciudadano, que venía ya del Héctor homérico y de Tirteo, entre otros, pero que en Atenas florecía especialmente tras las guerras médicas.

Esquilo lo arraigaba no solo en el mito, también en los antiguos temas, a veces vivos todavía, de los hábitos guerreros en torno a las armas, a las murallas y puertas, al sorteo, al reparto de la herencia. Todo antiguo y también vivo.

Esquilo utilizaba ese ambiente, entre arcaico y griego en general, para llevar sus temas al público: temas atenienses, bien cierto, pero apoyados en viejos recuerdos míticos e históricos.

Es útil este recuerdo, apoyado por nuestro autor en datos no solo del mito, también de la cultura griega en sus diversos momentos, que el poeta relacionaba con los ideales de la Atenas de su tiempo. Una gran erudición literaria, histórica y arqueológica apoya el libro, hace que sus lectores comprendan mejor el ambiente en que Esquilo y su público se movían.

FRANCISCO R. ADRADOS

*ANTIDORON. Studi in onore di Barbara Scardigli Forster.* A cura di Paolo Desideri, Mauro Moggi, Mario Pani, con la collaborazione di Alessandra Lazzeretti, Pisa, Edizioni ETS, 2007, 481 pp.

Las universidades italianas se caracterizan porque los estudios de la Antigüedad han conservado su unidad dentro de los departamentos y de los planes de estudio, lo que permite la colaboración intensa entre filólogos e historiadores, de modo que en muchas ocasiones, desde el exterior, es difícil distinguir la dedicación específica de cada uno. Juntos aparecen profesores de diferentes disciplinas en coloquios y ediciones, con temas que se apoyan mutuamente para dar una visión totalizadora de la Antigüedad clásica. Algunos ejemplos son especialmente notables, como el de la profesora objeto del presente homenaje y el del conjunto de los colaboradores. Como ponen de relieve los autores de la Presentación, Barbara Scardigli no fue sólo una importante investigadora en temas como el estudio de Plutarco, entre la historia y la literatura, sino una activa promotora tanto de acontecimientos científicos que permitían reunir, sobre todo en Siena, a investigadores de todo el mundo, como la promoción de estudios de doctorado entre sus múltiples discípulos.

El amplio panorama de sus intereses queda reflejado en los temas y enfoques de los trabajos presentados en su honor. Los trabajos se presentan por orden alfabético de los apellidos, pero es posible hacer una sistematización que revele la multiplicidad de los asuntos tratados, dentro de la unidad marcada por su concepción de los estudios clásicos.

M. Bettali consigue hacer notar cómo, dentro de las diferencias evidentes existentes entre el mundo griego y el del Próximo Oriente, es posible observar una serie de coincidencias en el estudio de la guerra, cuando se sobrepasan los aspectos técnicos y se accede a las formas de comportamiento subyacentes en el plano humano. También se refiere al arcaísmo griego, en el tránsito al clasicismo, el estudio de Mauro Moggi sobre los *próxenoi*, con una hipótesis basada en el nuevo estudio de la documentación.

El mito de la Atlántida sirve a Clemente de punto de partida para reflexionar sobre la geografía antigua y sus relaciones con el mundo imaginario, con la inclusión de la crítica de algunas interpretaciones «realistas» renovadas.

Historia y literatura aparecen unidas para aclarar la composición del *De bello Gallico*, por Maria Cesa, confluencia de técnicas de escritura y presencia de las vicisitudes políticas de la época. La prosopografía está presente en el estudio del *Cursus Honorum* de Balbo por Granino. El lado jurídico del Imperio de Augusto lo trata Mastrososa, en relación con la propaganda imperial. El estudio de Todisco se aproxima de modo directo a la ideología del principado a través del título de Augusto

Varios autores penetran en el mundo de la Magna Grecia en época romana, a través del estudio específico del cabo Spartivento, donde se revelan los procesos de modo privilegiado. Con similar espíritu se adentra Silvestrini en la epigrafía de Tarento.

Entre los estudios regionales específicos se encuentra el de Marcella Chelotti, sobre la epigrafía de los espacios sepulcrales de Venosa, en sus aspectos formales e institucionales, así como en referencia a la condición social de los enterrados.

El Imperio romano, en sus aspectos periféricos, en época tardía, merece la atención de Cecconi, en el estudio de la documentación sobre la *Raetia* y de sus especificidades administrativas. La periferia queda tratada de modo particular en el estudio de Lewin sobre zonas específicas del Mar Rojo, en el siglo I d.C. Completa el panorama periférico el estudio de los germanos en el ambiente de la decadencia romana, de Timpe.

También a la época tardía se refiere el trabajo de Conti, para señalar el uso de la religión por emperadores y usurpadores en los momentos de tensión entre paganismo y cristianismo. Magnencio sirve de ejemplo destacado. Pellizzari constata hasta qué punto pervive el prejuicio anticartaginés en la literatura de la antigüedad tardía.

El Léxico de la Suda permite a Favuzzi una nueva reflexión, que esta vez se refiere a la historia romana, a la que se adaptan las referencias a los pretendientes homéricos.

Christ trata la proyección histórica del cesarismo en una línea que se ha revelado muy ilustrativa para la comprensión de los fenómenos históricos recientes y de los modos posibles de enfocar el estudio del pasado y su proyección actual. Similares planteamientos, con alcance diferente, presenta el estudio de Giua sobre el senado en Tácito y R. Syme. El matizado estudio de Paolo Desideri permite comprender la percepción de Bodin del mundo antiguo en relación con sus propias experiencias ante las poblaciones modernas. Mayor actualidad aún contiene el estudio de Bersani sobre el mundo clásico en H. Arendt. Marconi penetra en las interpretaciones más recientes de la caída de Roma. «Antiguo y moderno» constituye asimismo la base del enfoque de Pani en relación con el individualismo. En cierto modo, se trata de los mismos presupuestos historiográficos que inspiran el estudio del pluralismo religioso de Roda. El planteamiento más teórico corresponde a Yavetz, sobre la personalidad en la historia, dentro de una polémica de larga tradición.

DOMINGO PLÁCIDO

Universidad Complutense de Madrid

BERNABÉ, ALBERTO Y CASADESÚS, FRANCESC (coords.), *Orfeo y la tradición órfica. Un reencuentro*, Madrid, Akal, Akal Universitaria, serie Religiones y Mitos, 2009, 2 vols., 1803 pp.

Reseñar una obra colectiva como la presente es un gran placer, porque uno tiene la impresión de que es un logro prácticamente perfecto. Es fácil explicar este comienzo tan encomiástico en una reseña que se supone crítica. Esta explosión positiva surge de la satisfacción de ver (*rara avis*, todos lo sabemos) la conjunción de un pro-

yecto bien dirigido y orientado, una gran calidad como media de las contribuciones, la casi total ausencia de lagunas en los aspectos a investigar y (sujétense a la silla) el hecho de que una editorial española se haya atrevido a apoyar tamaña empresa. Lo de «tamaña» es, claro, por la calidad (lo que no sería un problema), pero también por la voluminosa realidad física de estos dos tomos, cuya confección no ha desanimado a la editorial.

Claro que uno no hace una reseña para decir que ha leído un libro muy gordo, sino para informar de él y hacer la correspondiente valoración. Dada la extensión que exigiría una reseña desmesurada, me limitaré a hacer ahora unas observaciones sobre el contenido, para pasar luego a una síntesis de lo que en él se expone, adaptada a las diez partes en que se divide (hasta un total de sesenta y cinco capítulos, cuyos títulos serán enumerados por apartados).

No puedo dejar de subrayar desde el comienzo que estamos ante lo que será en adelante una obra de referencia sobre el orfismo. Habrá quien discrepe sobre interpretaciones de los numerosos aspectos tratados, pero la importancia de esta publicación es innegable. Ciertamente, quienes (cada vez menos) se muestran cerradamente escépticos sobre el carácter del orfismo como corriente misteriosa con un perfil más o menos definido (a pesar de sus múltiples manifestaciones), van a tener difícil contrarrestar el aluvión de argumentos y datos de este conjunto de estudios, en los que, por otra parte, se reconoce reiteradamente la variedad de manifestaciones, exageraciones interpretativas de algunos y dificultades que los textos, testimonios e indicios del orfismo plantean a cualquier investigador. También debe subrayarse el hecho de que pocas son las voces de investigadores sobre el orfismo que se han dejado de oír en esta obra, que es «coral», pero con registros variados. En un amplio sentido, también en el plano científico hay aquí algo de encuentro y reencuentro. Los doce autores extranjeros y los dieciséis españoles han sabido trazar un panorama riquísimo del orfismo, sin dejar de demostrar que hay enfoques y alternativas hermenéuticas diversas en ese complejo mundo. Lo que no significa que, en la medida de lo posible, sus coordinadores no hayan sabido dar una gran coherencia al conjunto, en el que, por cierto, la batuta armonizadora de Alberto Bernabé está bien presente, no sólo en cuanto al equipo investigador de su directa responsabilidad, sino también en su trabajo personal, generosamente diseminado en casi la cuarta parte de los capítulos.

Para ajustarme a una extensión razonable, me limitaré a resumir el contenido y a hacer observaciones de las distintas partes de la obra, con enumeración de las contribuciones al final de cada una. El volumen I incluye el estudio interno del orfismo y los testimonios órficos, mientras que el volumen II agrupa los análisis de la presencia del orfismo (y de Orfeo) en el Mundo Antiguo y su huella posterior, además de la Bibliografía y los Índices.



## VOLUMEN I (PP. 1-898)

Francesc Casadesús, en la *Introducción* (cap. 1, pp. 5-12), perfila la gestación de la obra y el espíritu que la mueve: proceder a una revisión equilibrada del orfismo, evitando los extremos (absurdos hoy en día) del «panorfismo» y del «antiorfismo». Como reconoce el autor, el resultado es una obra enciclopédica (en un sentido positivo: que satisfaga los más diversos intereses de los investigadores y de los que simplemente quieren informarse), fruto de cinco años de discusiones, en la que se ha sopesado sobradamente cada punto de vista.

*Primera parte: Orfeo, de personaje del mito a autor literario (pp. 15-237)*

El estudio del orfismo enseña mucho sobre el modo en que una cultura desarrolla una corriente religiosa: cómo se sintetizan, armonizan, recrean e inventan componentes diversos que conducen a un discurso religioso más o menos homogéneo, a la creación de un conjunto de normas de conducta basadas en ese discurso y a la consolidación de una serie de creencias y actos rituales que dan forma material y estructura a todo ese conjunto. Orfeo no es un personaje inventado por los órficos. Es un héroe del mito que cumple una serie de requisitos que lo convierten en el personaje idóneo para una corriente que, ante todo, trata de consolidar una doctrina coherente y atractiva sobre la vida en el Más Allá. En el bagaje del héroe está su experiencia de contacto con el ultramundo, su sufrimiento (no hay héroe sin ello), su poder de actuación *post mortem*. Y mucho más: maestro de la música y de la palabra (modelo, pues, sustancial y síntesis de la cultura que lo crea), viajero aquí y en el Allende (con experiencia de catábasis susceptible de conducirse al modelo místico). Un ser que mereció a los Antiguos la asimilación al mago, por la forma en que sus cualidades se manifestaban y explicitaban. Asimismo, ese prodigioso perfil hizo de él el gran iniciador ritual, el padre de las *teletai* místicas, instructor de los caminos de la muerte, de cuya guía las laminillas de oro órficas nos permiten conocer el contenido. Orfeo concentra en sí muchas esencias de la religión griega: incluida la confrontación entre seguidores de ritos diversos o las vivencias llamadas actualmente «de género», a lo que se suma la asombrosa capacidad de los héroes de actuar sin cesar sobre el género humano acabada su vivencia sobre la tierra: su poder mántico se perpetúa en la cabeza oracular. De todos estos aspectos la iconografía dejó abundante testimonio, al menos (con claridad) desde el siglo VI a. C., lo que permite conocer bien aquello que con más frecuencia evocaba el nombre de Orfeo, fuera ya del contexto estrictamente ritual. El perfil de Orfeo lo transformaba en un modelo que, con suma facilidad, iba a permitir enlazar con figuras semejantes de otras culturas. Así que no es extraño que judaísmo y cristianismo vieran en él un personaje asimilable al rey David, como refleja la iconografía pertinente. En fin, Orfeo acabará siendo un nombre que dé garantía a obras de contenido religioso y a

otras de naturaleza incluso astronómica o pretendidamente científica; en suma, a toda una tradición poética, cobijada en su autoridad.

*Capítulos:* 2. Alberto Bernabé, «Orfeo, una biografía compleja»; 3. Francisco Molina Moreno, «La música de Orfeo»; 4. Alberto Bernabé, «Viajes de Orfeo»; 5. Raquel Martín Hernández, «Rasgos mágicos en el mito de Orfeo»; 6. Ana I. Jiménez, «La transmisión de ritos»; 7. Marco A. Santamaría Álvarez, «La muerte de Orfeo y la cabeza profética»; 8. Ricardo Olmos, «Las imágenes de un Orfeo fugitivo y ubicuo»; 9. Jean-Michel Roessli, «Imágenes de Orfeo en el arte judío y cristiano»; 10. Alberto Bernabé, «Atribución a Orfeo de una tradición poética».

*Segunda parte: Los textos órficos (pp. 241-545)*

La adopción del personaje mítico devenido, por una parte, en figura literaria de uso flexible y, por otra, en fundador y configurador de un movimiento religioso complejo e innovador, condujo a la aparición de numerosos textos atribuidos a, o inspirados al menos por, el paradigmático héroe. Desde el punto de vista formal, los textos órficos enlazan directamente con la tradición épica (de ahí ciertos puntos de contacto), sobre todo con Hesíodo, por razones obvias. El panorama que ofrecen dichos textos, de desigual importancia en lo religioso y en lo literario, pero con algunos grupos decisivos como testimonio de la proyección del personaje y de la corriente que toma su nombre, es variadísimo y sumamente representativo de diversos aspectos de la cultura griega. Es probable que el mayor peso (en cuanto a la fascinación que puede ejercer su testimonio y lo decisivo de éste) recaiga sobre las diversas *Teogonías*, sobre las impresionantes laminillas de oro con instrucciones para el Más Allá y sobre las óseas de Olbia, decisivas para algunos aspectos y en cualquier caso enigmáticamente fascinantes. De todo ello hay en esta obra información detallada. Especial atención merece el comentario (y, naturalmente, la hipotética reconstrucción de la teogonía comentada) incluido en el *Papiro de Derveni*, que se ha convertido, con razón, en un pequeño tesoro para los investigadores de más de un aspecto del Mundo Antiguo (entre otras cosas, debido a la antigüedad de su testimonio). Pero no es menos impresionante la persistencia histórica de la vertiente literaria del orfismo (con una relación sólo a veces clara con lo ritual, pero de gran importancia), en época helenística e imperial, como se refleja en las diversas *Rapsodias* (sólo conservadas fragmentariamente), en los *Himnos*, en los *Lapidarios* y en tantas obras de época helenística e imperial de muy distinto corte (desde las *Argonáuticas órficas* a la atribución a Orfeo de epigramas, instrucciones rituales, poesía mántica o libros de recetas mágicas), sin olvidar su presencia en la literatura judía.

*Capítulos:* 11. Alberto Bernabé, «Características de los textos órficos»; 12. Miguel Herrero, «Tradición órfica y tradición homérica»; 13. Martin L. West, «Los poemas órficos y la tradición hesiódica»; 14. Alberto Bernabé, «Teogonías órficas»; 15. Gabriella Ricciardelli, «Los *Himnos Órficos*»; 16. Manuel Sánchez, «*Argonáuticas*

Órficas»; 17. Raquel Martín, «El *Lapidario Órfico*»; 18. Christoph Riedweg, «Literatura órfica en ámbito judío»; 19. Alberto Bernabé, «Poemas sobre el mundo, la vida, el alma, el más allá. Himnos y epigramas. Poesía mántica»; 20. Ana I. Jiménez, «Literatura ritual»; 21. Raquel Martín, «Literatura mágica y pseudocientífica atribuida a Orfeo»; 22. Francesc Casadesús, «El *Papiro de Derveni*»; 23. Alberto Bernabé-Ana I. Jiménez, «Las laminillas órficas de oro»; 24. Alberto Bernabé, «Las láminas de Olbia».

*Tercera parte: Otras voces semejantes (pp. 549-575)*

El fenómeno representado por Orfeo trae como consecuencia el surgimiento de otros nombres de poetas puestos en relación con él de modo diverso: o por parentesco o como supuestos autores de textos «órficos» o por su papel en la difusión de la poesía «órfica» y, por extensión, de otras tradiciones místicas: Museo, Lino, Epiménides y Onomácritos figuran en este elenco por muy desiguales razones, ya que abarcan una escala que va desde la pura existencia legendaria a la propiamente histórica, aparte de la gradación antes indicada (en la que Onomácritos no tendría más papel que el de un recopilador/interpolador).

*Capítulo: 25. Roxana B. Martínez, «Otros poetas griegos próximos a Orfeo».*

*Cuarta parte: El marco de las creencias órficas (pp. 579-727)*

Los textos órficos y sus testimonios abren caminos extraordinarios en el conocimiento del desarrollo de ideas religiosas en Grecia y de la configuración de los mitos que las sustentaban, como aquí se demuestra. La sorprendente *Teogonía del Papiro de Derveni* es un ejemplo perfecto de la peculiar adaptación de los mitos y tradiciones religiosas comunes (a veces por vías inesperadas) a griegos, hititas, iraníes y egipcios. En cualquier caso, el orfismo (como aquí se demuestra) sí tiene unos mitos de persistente presencia que lo sustentan, referentes al origen de Dioniso y de la humanidad y a sus avatares. Sí que hay, además, una idea clara sobre el carácter del alma y una existencia *post mortem* que podemos conocer perfectamente delimitada. Para los órficos hay un Más Allá que tiene premios y castigos (para obtener los primeros hay que cumplir las condiciones de un buen iniciado), hay una geografía del Allende de cuidada precisión (con posibles variantes en algunos territorios de la Magna Grecia), con viejos antecedentes en la Antigüedad, y una conciencia muy clara de los beneficios que esperan al iniciado (bienestar, goce del vino, gloria). Las laminillas de oro abundan en referencias a elementos concebidos como reales, pero no por ello menos simbólicos, en cuanto que sus instrucciones marcan el camino de los iniciados, que podían apreciar esos valores especiales. En cuanto a la relación del orfismo con otros misterios griegos, el resultado de las investigaciones apunta a una situación muy diferente según se trate de Eleusis o del dionisismo. Aunque cierta literatura órfica trabajó sobre el modelo del *Himno a Deméter* homérico, la

realidad es que la influencia del orfismo y de Orfeo en Eleusis fue más bien marginal, y si parece de otra forma es porque las versiones de las fuentes antiguas que ponen ambos misterios en contacto subrayan más los parecidos que las diferencias. Por el contrario, abundan los elementos que engarzan estrechamente aspectos de la religión dionisiaca con el orfismo. No es el orfismo una derivación de un supuesto dionisismo antiguo, pero sí que llega a convertirse, en determinados aspectos, en una faceta de las posibilidades que la mitología y las tradiciones dionisiacas ofrecían al adaptarse a una corriente religiosa, sólo que alejada y depurada (por estar orientada a la práctica privada) de ciertos rasgos del culto público de Dioniso.

*Capítulos:* 26. Walter Burkert, «El dios solitario, Orfeo, fr. 12 Bernabé, en contexto»; 27. Alberto Bernabé, «El mito órfico de Dioniso y los Titanes»; 28. Francisco Molina, «Ideas órficas sobre el alma»; 29. Alberto Bernabé, «Imagen órfica del Más Allá»; 30. Marisa Tortorelli, «Símbolos y simbolismo en las láminas de oro órficas»; 31. Fritz Graf, «Orfeo, Eleusis y Atenas»; 32. Ana I. Jiménez, «Orfismo y dionisismo».

*Quinta parte: Prácticas órficas. Orfeotelestas y mistas (pp. 731-816)*

El lector que se adentre en esta parte podrá observar que, junto con la existencia de una mitología abundante y un corpus de creencias con un núcleo bien consolidado, el orfismo se convierte casi en un «subsistema» relativamente autónomo (casi como una religión paralela a la oficial), con todos los elementos de los cultos místicos (rituales muy detallados, palabra, espectáculo), con iniciadores en funciones prácticamente sacerdotales (orfeotelestas) y con exigencias muy marcadas respecto al modo de vida a seguir por los iniciados, ya que de su cumplimiento dependía la plenitud de los beneficios en el Más Allá. Esa constitución de un sistema religioso paralelo recuerda, *mutatis mutandis*, lo que sucederá con los textos mágicos (que, a su vez, adquirirán rasgos de las tradiciones místicas), empezando por el uso positivo del término *magos* para los oficiantes de ritos, como se aprecia en el texto del *Papiro de Derveni*.

*Capítulos:* 33. Ana Isabel Jiménez, «El ritual y los ritos órficos»; 34. Ana Isabel Jiménez, «Los orfeotelestas y la vida órfica»; 35. Raquel Martín, «Ritual órfico y acciones mágicas».

*Sexta parte: La música y el discurso órficos (pp. 817-895)*

El complejo mundo del orfismo y su capacidad de aprovechamiento de numerosos elementos de la cultura griega en su difusión y pervivencia permiten adentrarse en aspectos que no siempre habían sido bien estudiados. Entre ellos destaca (como puede ser comprensible en una corriente que tiene por patrono a un poeta músico), en primer lugar, la relación con la música y la importancia dada a este factor en la iniciación. Un segundo aspecto a tener en cuenta es que las creencias órficas, su transmisión y conservación, se vinculan estrechamente a la palabra escrita. Por

ello, no es de extrañar que determinados textos órficos tengan una sutil utilización de ese instrumento y que se caractericen por los juegos de palabras, las alusiones y preocupaciones etimológicas y el uso de signos cargados de simbolismo. No olvidemos tampoco que la interpretación alegórica de los textos antiguos debe mucho al orfismo.

*Capítulos:* 36. Francisco Molina, «El orfismo y la música»; 37. Claude Calame, «El discurso órfico: prácticas de escritura oral»; 38. Alberto Bernabé, «Etimologías, juegos fónicos y gráficos en los textos órficos».

#### VOLUMEN II (pp. 899-1803)

##### *Séptima parte: Paralelos de ideas órficas fuera de Grecia y Roma (pp. 899-1049)*

Cada vez conocemos mejor la estrecha vinculación de la cultura griega a las de sus vecinos del Oriente y del Sur. En el caso del pensamiento religioso y de los rituales, así como en el de la composición de algunos textos literarios, los ejemplos abundan. El orfismo no escapa a esta tendencia, a pesar de los importantes elementos vernáculos de la misma. Especialmente en lo que se refiere a los mitos que dan cuerpo a la doctrina, los paralelos con tradiciones de Egipto, Mesopotamia, mundo Hitita y ámbito indoiranio no son discutibles y son fruto de una intercomunicación cultural cuyas vías a veces se nos escapan, a la vez que reflejan la configuración de una *facies* religiosa con una amplia serie de elementos de identidad homogéneos, aunque la alternativa influencia/coincidencia no siempre sea fácil de resolver. Por otra parte, no parece aceptable una relación entre el orfismo y los textos de Qumrán, mientras que resulta sorprendente la peculiar lectura del orfismo que se puede rastrear en Tracia y que tiene que ver con la iniciación (y «antropodemonización») de sus nobles.

*Capítulos:* 39. Alberto Bernabé, «Ex Oriente. Paralelos próximo-orientales de mitos y creencias órficos»; 40. Julia Mendoza, «Un itinerario hacia el Más Allá. Laminillas órficas de oro y Jaiminiya Brāhmana 1.46-50»; 41. Eugenio R. Luján, «El mundo del Más Allá y el destino del alma en la India antigua»; 42. Juan Antonio Álvarez-Pedrosa, «Muerte, tránsito del alma y juicio particular en el zoroastrismo en comparación con textos órficos»; 43. Jean-Michel Roessli, «¿Orfeo y orfismo en Qumrán?»; 44. Alexander Fol, «Orfismo tracio: breve sinopsis».

##### *Octava parte: La huella del orfismo (pp. 1053-1599)*

Un capítulo apasionante de la investigación sobre el orfismo, sobre el que el lector encontrará aquí detalladas páginas, es el de su posible reflejo en documentos, obras literarias o filosóficas y testimonios de todo tipo que, en principio, no pertenecen al orfismo. Lo que sucede es que la valoración como «órfico» de un pasaje, de una obra

y no digamos ya de un autor concreto exige una notable prudencia. En cualquier caso, el resultado de las indagaciones aquí presentadas refleja una notable extensión por lo menos del conocimiento de las creencias y prácticas órficas en buena parte de los autores y pensadores investigados, así como en corrientes religiosas de otra naturaleza. Así, partimos de una estrecha identidad con numerosos rasgos del pitagorismo y, aunque de manera más tenue, se confirma la presencia de elementos (de diversa naturaleza) identificables como órficos en casi todos los autores presocráticos (Heráclito parece que menos, a pesar de su mención en el *Papiro de Derveni*), con una especial incidencia en Empédocles y un particular eco en Parménides. Hay que ser muy prudentes en la valoración de estas coincidencias, que pueden deberse no sólo a un influjo directo, sino a la existencia de modos de pensar, códigos de comunicación y tradiciones compartidas que afloran de diversa manera. La relación entre religión, filosofía y ciencia tiene en el Mundo Antiguo (y más en la época arcaica) vericuetos subterráneos (y no tanto) que las entrelazan. En cuanto a los distintos géneros literarios, las precauciones se deben tomar (como hacen los autores) con respecto al contexto al que va destinada cada obra y su proyección inmediata u horizonte de expectativa. El caso de Píndaro, condicionado por sus comitentes (quienes, a su vez, saben que el poeta es una voz respetable), ilustra bien esta necesidad de prudencia, lo que no nos impide apreciar su buen conocimiento no sólo del orfismo, sino de corrientes místicas afines, con las que construye un atractivo panorama entre lo real y lo imaginario, de enorme eficacia poética. Si pasamos a la tragedia, es lógico que la figura mítica de Orfeo esté presente desde Esquilo, pero no parece que determinados rasgos del orfismo (además de ciertas valoraciones negativas) se manifiesten fuera de Eurípides. La crítica de rituales y modo de vida órficos estará en el inevitable punto de mira de la comedia, sin olvidar que ya Aristófanes en las *Aves* nos ha dejado una espléndida demostración de su conocimiento de las teogonías órficas. La filosofía platónica refleja la presencia más clara del orfismo en este ámbito, mientras que Aristóteles y su escuela, como era de esperar, sintieron escaso interés por esta corriente. No es éste el caso de los estoicos, tan preocupados por la religión e interesados en las etimologías. La poesía helenística acoge de modo desigual el mundo del orfismo y siempre con predominio de la figura y mitos de Orfeo, sin que falten referencias a aspectos como la escatología. El panorama del orfismo en Roma, nada fácil de seguir, queda bien perfilado en este estudio. Es evidente que, por su relación con todo lo dionisiaco, se vio afectado por la distinta apreciación de lo báquico según los periodos históricos. De modo que es comprensible que al final se perfilaran dos modos de presencia más nítidamente órfica en Roma: a través de los llamados neopitagóricos y en momentos en que pudo ser identificado con cultos de importación oriental, desde el siglo II d. C. Esta etapa coincide, por otra parte, con la presencia de menciones órficas (sobre todo de los mitos de Orfeo) en la Segunda Sofística. La vida del orfismo en época helenística e imperial se manifiesta asimismo por canales no literarios. El hecho de que los papiros (como ya se ha visto con el más antiguo de Derveni) nos hayan deparado no sólo textos, sino también comentarios y referencias o anotaciones de diversa naturaleza, demuestra la importancia en determinados niveles

de cultura de este movimiento y de sus tradiciones. De manera complementaria, las inscripciones (incluyendo en ellas epigramas), como sucede con otros aspectos de la religión, nos acercan de modo directo a la vivencia personal de esta tendencia. Aunque no toda mención dionisiaca pueda considerarse órfica, el análisis de inscripciones, como la de Torre Nova, a la luz del orfismo depara resultados interesantes. Encontramos, además, rica documentación sobre numerosos aspectos (ritos, personal, etc.). En cuanto a la filosofía griega de época imperial, está fuera de dudas el paralelismo que puede encontrarse entre algunas teorías de los neoplatónicos y el orfismo, equiparables a la visión que se obtiene de textos coetáneos relacionados, como los oráculos caldeos, en cuestiones como el Uno, el intelecto y el alma. Y si mencionamos a los neoplatónicos, no es inoportuno preguntarse por la relación entre el orfismo y el gnosticismo o el cristianismo. En el primer caso la huella del orfismo es muy reducida, mientras que con el cristianismo se dan numerosos paralelos, a pesar del rechazo que les producían algunos aspectos del orfismo. Por último, cabe señalar que las huellas del orfismo llegan hasta un autor tan tardío como Nono, en cuyas *Dionisiacas* se rastrea el indudable conocimiento de estas tradiciones.

*Capítulos:* 45. Frances Casadesús, «Orfismo y pitagorismo»; 46. Francesc Casadesús, «Heráclito y el orfismo»; 47. Carlos Merino, «Empédocles y el orfismo»; 48. Alberto Bernabé, «El orfismo y los demás filósofos presocráticos»; 49. Marco Antonio Santamaría, «Píndaro y el orfismo»; 50. Alberto Bernabé, «Orfeo y el orfismo en la tragedia griega»; 51. Alberto Bernabé, «Orfeo y el orfismo en la comedia griega»; 52. Francesc Casadesús, «Orfeo y el orfismo en Platón»; 53. Carlos Merino, «Aristóteles y el Liceo, ante el orfismo»; 54. Francesc Casadesús, «Orfismo y Estoicismo»; 55. Marco Antonio Santamaría, «Orfeo y el orfismo en los poetas helenísticos»; 56. Miguel Herrero, «Orfismo en Roma»; 57. Marco Antonio Santamaría, «El orfismo en Luciano y la segunda sofística»; 58. Dirk Obbink, «El rastro libresco del orfismo: huellas en los papiros»; 59. Ana Isabel Jiménez, «Rasgos órficos en la epigrafía religiosa griega y romana»; 60. Luc Brisson, «El lugar, la función y la significación del orfismo en el neoplatonismo»; 61. Ezio Albrile, «Orfismo y gnosticismo: algunas reflexiones»; 62. Miguel Herrero, «Orfismo y Cristianismo»; 63. Rosa García-Gasco, «Orfeo y el orfismo en las *Dionisiacas* de Nono».

*Novena parte: Orfismo y política (pp. 1603-1622)*

Se aborda aquí la interesante cuestión de la implantación social del orfismo y de la consideración de sus seguidores en relación con la *polis*. Es evidente que algunos rasgos del orfismo (pensemos en el vegetarianismo y la omofagia) chocan con prácticas habituales de la religión y la sociedad griega. Pero sería quizá exagerado considerar el orfismo como movimiento o secta antisocial o voluntariamente marginado del conjunto de la *polis*. Parece simplemente complementario y, por otra parte, mantiene una línea de evolución explicable histórica y socialmente. En ambas dimen-

siones hay una progresión a la expansión desde capas sociales más aristocráticas a una mayor apertura, a la vez que el propio concepto de *genos* se amplía y diluye en la perspectiva religiosa.

*Capítulo: 64.* Miguel Herrero, «El orfismo, el *genos* y la polis».

*Décima parte: En busca de una síntesis (pp. 1625-1647)*

Excelente resumen de los distintos capítulos del libro, del que recojo el párrafo final, muy oportuno: «Si no aprendemos a examinar el orfismo en su complejidad, en su situación intermedia, en su carácter vacilante y algo ambiguo, adaptable y multiforme, estaremos condenados a no comprender jamás este movimiento religioso» (p. 1647).

*Capítulo: 65.* Alberto Bernabé, «A modo de epílogo».

Es probable que el lector esperara una reseña más crítica. Creo que resultaría mezquino enfrentarse a este trabajo con un bisturí filológico severo, que no podría pasar de discrepancias en temas que son más de opinión que de certeza. Ciertamente es que cada capítulo suscitará en quien lo consulte observaciones complementarias u opuestas a determinadas valoraciones de los datos o a puntos de vista concretos. Será entonces, en la merecida larga etapa de utilización que aguarda a esta obra, cuando resulte oportuno introducir la precisión que cada uno juzgue necesaria. De momento, dejo constancia, como dije al comienzo, de la calidad de esta obra colectiva, de su gran importancia en los estudios de los cultos místicos en Grecia y su rica experiencia religiosa, así como de su repercusión en el análisis de la literatura, la filosofía y, en general, de la cultura griega antiguas.

EMILIO SUÁREZ DE LA TORRE  
Universidad de Valladolid